EL TEATRO MODERNO

OSCAR WILDE.

UNA MUJER SIN IMPORTANCIA

PRENSA MODERNA

50 CENTIMOS

Digitized by the Internet Archive
in 2024 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/unamujersinimpor5155wild

EL TEATRO
MODERNO
AÑO II 25 SEPTIEMBRE 1926 NUM. 52

Oscar Wilde

UNA MUJER SIN IMPORTANCIA

COMEDIA EN TRES ACTOS
Y CUATRO CUADROS

TRADUCIDA DEL INGLÉS POR RICARDO
BARZA

PRENSA MODERNA
MADRID

EN EL PRÓXIMO NÚMERO

Manolito Pamplinas

POR

José María Granada

PORTADA DE

AGUSTIN

CARICATURA DE

SIRIO

IMP. SÁEZ HERMANOS
NÓRTE, 21. • MADRID

PERSONAS DE LA OBRA

(Entre paréntesis la pronunciación figurada.)

Mistress Arbuthnot (Misis Arbuznot).
Mistress Allonby (Alonby).
Miss Ester Worsley (Uérsley).
Lady Hunstanton (Leidi Jánstanton).
Lady Carolina Pontefract (Pontefráct).
Lady Stutfield (Státfild).
Alicia.
Lord Illingworth (Ailingüerz).
Gerardo Arbuthnot.
Sir Juan Pontefract.
Lord Alfredo Rufford (Ráford).
Mister Kelvil (Kélvil), miembro del Parlamento.
El Reverendo Archidiácono Daubeny (Dóbeny), doctor en Teología.
Farquhar (Fárcar), mayordomo.
Francisco, criado.

DECORACIONES DE LA OBRA

Acto I.—La terraza del castillo de Hunstanton.
Acto II.—El salón del castillo de Hunstanton.
Acto III.—El *hall* del castillo de Hunstanton.
Acto IV.—Gabinete en casa de Mrs. Arbuthnot, en Wrockley.

Epoca: la actual.

Lugar: En una provincia inglesa.

La acción de la obra tiene lugar dentro de las veinticuatro horas

Esta comedia fué estrenada en el teatro de la Princesa, de Madrid, el 6 de octubre de 1917, con el siguiente reparto:
Mrs. Arbuthnot, Sra. Adamuz.—*Mrs. Allonby,* Sra. Nestosa.—

Miss Worsley, Srta. Roxala.—*Lady Hunstanton,* Srta. Vázquez.—*Lady Carolina,* Sra. Anaya.—*Lady Stutfield,* Srta. Alvarez de Burgos.—*Alicia,* Srta. Torres.—*Lord Illingworth,* Sr. García Ortega.—*Gerardo,* Sr. Mancha.—*Sir Juan,* Sr. La Riva.—*Lord Alfredo,* señor Adamuz.—*Mr. Kelvil,* Sr. Alcaide.—*El Revdo. Daubeny,* Sr. Tegedo.—*Farquhar,* Sr. González.—*Francisco,* Sr. Domínguez.

Para conveniencia de la escena española, los cuatro actos de esta comedia han sido agrupados en tres, haciendo del primero y segundo uno solo, dividido en dos cuadros. Por la misma razón se han hecho diversas supresiones en el curso de la obra. El lector que quiera conocerla en su integridad, acuda al tomo correspondiente de las "Obras completas" de O. Wilde, publicadas por "Atenea, S. E."

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

Jardín ante la terraza del castillo de Hunstanton. Sir Juan, Lady Carolina Pontefract y Miss Worsley, sentados en sillones de mimbre, a la sombra de un tejo frondoso.

L. CAR. Me parece que es ésta la primera casa de campo inglesa en que pasa usted una temporada, ¿verdad, miss Worsley?

M. EST. Sí, lady Carolina.

L. CAR. En América me han dicho que no tienen ustedes casas de campo.

M. EST. En efecto: tenemos pocas.

L. CAR. ¿Y campo, tienen ustedes; lo que nosotros llamamos campo?

M. EST. *(Sonriendo.)* Tenemos el más vasto campo del mundo, lady Carolina. En la escuela, a menudo nos decían que algunos de nuestros Estados son tan grandes como Francia e Inglaterra juntas.

L. CAR. ¡Ah! No les deben faltar corrientes de aire. *(A sir Juan.)* Juan, deberías ponerte la bufanda. ¿De qué me sirve estar siempre haciéndote bufandas, si no te las pones?

S. JUAN. Pero si no tengo frío, Carolina; te lo aseguro.

L. CAR. No lo creo, Juan. Sí, miss Worsley; difícilmente hubiera usted podido encontrar sitio más encantador que éste, aunque la casa sea excesivamente húmeda, y la querida lady Hunstanton, algo indulgente a veces en la elección de sus invitados. *(A sir Juan.)* Juana mezcla demasiado. Claro que lord Illingworth es hombre de la mayor distinción, y da gusto

hablar con él. Y ese miembro del Parlamento, míster Kettle... (*)

S. JUAN. Kelvil, alma mía; Kelvil.

L. CAR. Debe ser muy respetable. Nunca se le ha oído nombrar, lo que dice mucho hoy en favor de un hombre. Pero mistress Allonby, realmente, es persona poco recomendable.

M. EST. No me gusta mistress Allonby; no me gusta nada.

L. CAR. No estoy segura, miss Worsley, de que los extranjeros, como usted, hagan bien en dejarse llevar de sus simpatías o antipatías en sociedad. Mistress Allonby es de muy buena familia. Es sobrina de lord Brancaster. Verdad es que dicen que se escapó dos veces antes de casarse. Pero ya sabe usted lo mala que es a veces la gente. Yo, por mi parte, no creo que se haya escapado más de una vez.

M. EST. Míster Arbuthnot es muy simpático.

L. CAR. ¡Ah!, sí; ese joven que está empleado en una Casa de Banca. En mis tiempos, miss Worsley, nunca se encontraba en sociedad a nadie que trabajase para vivir. No estaba bien mirado.

M. EST. En América son las personas que más respetamos. Y míster Arbuthnot es un muchacho excelente. ¡Tan sencillo, tan sincero! Da gusto hablar con él.

L. CAR. No es costumbre en Inglaterra, miss Worsley, que una señorita hable con tanto entusiasmo de una persona del otro sexo.

M. EST. Pero ¿es que en Inglaterra no comprenden que pueda existir una amistad entre un muchacho y una muchacha? *(Entra lady Hunstanton, seguida de un Lacayo con un almohadón.)*

L. CAR. Lo consideramos una imprudencia. Juana, justamente estábamos hablando de la reunión tan agradable que habías organizado. Tienes

---

(*) Pronúnciese: Kétel.

una facultad de selección maravillosa. Realmente, es un don.

L. HUN. ¡Qué amable, Carolina! Sí; creo que nos llevaremos todos muy bien. Y espero que nuestra encantadora americanita se llevará un buen recuerdo de la vida de campo inglesa. *(Entra Gerardo Arbuthnot.)*

GERAR. Lady Hunstanton, tengo una buena noticia que darle. Lord Illingworth me acaba de preguntar si quería ser su secretario.

L. HUN. Buena noticia, en efecto, Gerardo. Esto significa para usted un brillante porvenir. ¡Qué alegría va a tener su madre! Es preciso que la decida a venir aquí esta noche. ¿Cree usted que accederá, Gerardo? Sé lo difícil que es hacerla salir de casa.

GERAR. ¡Oh! Estoy seguro de que vendría si supiese que lord Illingworth me ha hecho un ofrecimiento semejante.

L. HUN. Voy a escribirle diciéndoselo, y rogándole que venga para conocerle. *(Al Lacayo.)* Aguarde usted un momento, Francisco. *(Se sienta a escribir la carta.)*

GERAR. *(A Ester.)* ¿Y usted, no me felicita, miss Worsley?

M. EST. ¿Está usted muy contento?

GERAR. ¿Cómo no? Esto significa para mí tantas cosas... Cosas que antes no me atrevía a esperar, y que ahora quizá estén a mi alcance.

M. EST. Nada debería ser inaccesible a la esperanza. La vida es una esperanza.

L. HUN. *(Al Lacayo.)* Diga usted a Enrique que aguarde la contestación. He puesto cuatro letras a su madre, Gerardo, dándole la buena noticia, diciéndole que venga a cenar. *(Sale el Lacayo.)*

GERAR. Es usted muy amable, lady Hunstanton. *(A Ester.)* ¿Quiere usted que demos una vuelta, miss Worsley?

M. EST. Con mucho gusto. *(Sale con Gerardo.)*

L. CAR. Juan, la hierba está demasiado húmeda para ti. Deberías ir a ponerte los chanclos.

S. JUAN. Pero si estoy bien, Carolina; te lo aseguro.

L. CAR. Permíteme que en esto sea el mejor juez. Te ruego hagas lo que te he dicho, Juan. *(Sir Juan se levanta y sale.)*

L. HUN. Lo estás echando a perder con tanto mimo, Carolina. *(Entran mistress Allonby y lady Stutfield. A mistress Allonby.)* Y bien, querida, ¿le ha gustado a usted el parque? Pasa por tener unos árboles soberbios.

M. ALO. Los árboles son maravillosos, lady Hunstanton.

L. STU. Maravillosos, maravillosos.

M. ALO. Estoy segura de que si viviese en el campo seis meses seguidos, me volvería tan inocente que nadie se fijaría más en mí.

L. HUN. Le advierto a usted, querida, que el campo no produce ese efecto. Precisamente fué de Brickell, a dos millas nada más de aquí, de donde lady Belton se fugó con lord Grey. El pobre lord Belton falleció tres días después, de alegría o de gota: no recuerdo a punto fijo.

M. ALO. A mi juicio, la fuga es una cobardía. Es huír del peligro. ¡Y el peligro escasea tanto en la vida moderna!

L. CAR. Por lo visto, las mujeres de hoy no tienen otro fin en la vida que estar jugando constantemente con fuego.

M. ALO. Una de las ventajas de jugar con fuego, lady Carolina, es que aprende una a no quemarse.

L. STU. Verdad. Es una observación utilísima.

L. HUN. No sé cómo marcharía el mundo con una teoría semejante, querida mistress Allonby.

L. STU. ¡Ay! El mundo ha sido hecho para los hombres, y no para las mujeres.

M. ALO. ¡Oh, no diga usted eso, lady Stutfield! Al fin y al cabo, tenemos nosotras la mejor parte. Nos están prohibidas muchas más cosas que a ellos.

L. STU. Sí, es cierto. No había pensado en ello. *(Entran sir Juan y míster Kelvil.)*

L. HUN. ¿Qué tal, míster Kelvil; ha terminado usted su trabajo?

M. KEL. Sí; por hoy he terminado, lady Hunstanton. ¡Tarea ruda! No puede usted figurarse lo ardua que es hoy la vida de un hombre público.

L. CAR. Juan, ¿te has puesto los chanclos?

S. JUAN. Sí, alma mía.

L. CAR. Me parece que estarías mejor aquí, Juan. Está más abrigado.

S. JUAN. Estoy muy bien, Carolina.

L. CAR. No lo creo, Juan. Harías mejor en sentarte a mi lado. *(Sir Juan se levanta y atraviesa la escena.)*

L. STU. ¿Y sobre qué ha escrito usted esta mañana, míster Kelvil?

M. KEL. Sobre lo de todos los días, lady Stutfield. Sobre la moral.

L. CAR. ¿Y opina usted favorablemente de que las mujeres tomen parte en la política, míster Kettle?

S. JUAN. Kelvil, alma mía; Kelvil.

M. KEL. La creciente influencia de la mujer es la única cosa tranquilizadora en nuestra vida política, lady Carolina. Las mujeres están siempre del lado de la moral, pública y privada.

L. STU. ¡Qué agradable es oírle a usted decir eso!

L. HUN. ¡Ah, sí! Las cualidades morales en la mujer: eso es lo importante. Temo, Carolina, que el querido lord Illingworth no dé tanto valor como debiera a las cualidades morales en la mujer. *(Entra lord Illingworth.)*

L. STU. El mundo dice que lord Illingworth es muy malo.

L. ILLI. Pero ¿qué mundo dice eso, lady Stutfield? Debe ser el mundo próximo. El actual y yo estamos en la mejor armonía. *(Se sienta junto a mistress Allonby.)*

L. STU. Todas las personas que conozco dicen que es usted muy malo.

L. ILLI. Es monstruosa la manera que tiene hoy la gente de conducirse, diciendo, a espaldas de uno, cosas que son absolutamente exactas.

L. HUN. Este querido lord Illingworth es incurable.

lady Stutfield. He renunciado ya a corregirlo. Sería preciso constituir una Sociedad, con Junta directiva y todo. Aunque el secretario ya lo tiene usted, ¿verdad? Gerardo Arbuthnot nos ha comunicado la noticia. Realmente, es usted muy bueno.

L. ILLI. ¡Oh, no diga usted eso, lady Hunstanton! La palabra bueno es una palabra horrible. Me ha sido muy simpático ese muchacho desde que le conocí, y, sin duda, me será muy útil.

L. HUN. Es un muchacho admirable. Con él ha ido a dar una vuelta nuestra americanita. Es preciosa, ¿verdad?

L. CAR. Demasiado. Estas americanas acaparan todos los buenos partidos. ¿Por qué no se quedarán en su tierra? No cesan de repetirnos que es el paraíso de las mujeres.

L. ILLI. Y lo es, lady Carolina. Por eso, como Eva, tienen tantas ganas de salir de él.

L. CAR. ¿Qué son los padres de miss Worsley?

L. ILLI. Las mujeres americanas son prodigiosamente hábiles para ocultar sus padres.

M. ALO. Dicen, lady Hunstanton, que cuando los americanos buenos se mueren, van a París.

L. HUN. ¿Sí?... Y los americanos malos, ¿adónde van?

L. ILLI. ¡Oh, se quedan en América!

M. KEL. Temo, lord Illingworth, que no aprecie usted bastante América. Claro que hay una gran dosis de corrupción en la política americana.

L. HUN. Los políticos, en todas partes, son una calamidad, según dicen. ¿No cree usted, lord Illingworth, que a la gente sin instrucción no se les debería conceder el derecho a votar?

L. ILLI. Creo que son los únicos que deberían tenerlo.

M. KEL. ¿No pertenece usted a ningún partido en la política actual, lord Illingworth?

L. ILLI. Jamás debería uno pertenecer a ningún partido en nada, míster Kelvil. Afiliarse es el comienzo de la sinceridad, y la seriedad es su consecuencia inmediata, y la existencia se vuelve entonces insoportable. De todos modos,

la Cámara de los Comunes hace poco daño. Ustedes no pueden mejorar a la gente por un Real decreto; y esto ya es algo.

M. KEL. Sin embargo, el problema de las clases bajas es un problema muy importante.

L. ILLI. Exactísimo. Es el problema de la esclavitud. Y tratamos de resolverlo divirtiendo a los esclavos.

M. KEL. ¿Sería indiscreto preguntarle, lord Illingworth, si considera usted la Cámara de los Lores como una institución mejor que la Cámara de los Comunes?

L. ILLI. Naturalmente. Nosotros, en la Cámara de los Lores, no estamos nunca en contacto con la opinión pública. Esto hace de nosotros una corporación civilizada.

M. KEL. ¿Lo dice usted en serio?

L. ILLI. Completamente en serio, míster Kelvil. *(A mistress Allonby.)* ¡Qué mala costumbre tiene hoy la gente, después que se les ha dado una idea, de preguntarle a uno si habla en serio! Nada hay serio, excepto la pasión. La inteligencia no es una cosa seria, ni lo fué nunca. Es un instrumento que se toca y nada más. La única forma seria de inteligencia que conozco es la inteligencia británica. Y, sobre esta inteligencia británica, los iletrados tocan el bombo.

L. HUN. ¿Qué dice usted, lord Illingworth, de bombo?

L. ILLI. Estaba hablando a mistress Allonby de los artículos de fondo de los periódicos londinenses.

L. HUN. Pero ¿usted cree todo lo que se escribe en los periódicos?

L. ILLI. Lo creo. Hoy sólo sucede lo ilegible. *(Se levanta, con mistress Allonby.)*

L. HUN. ¿Se va usted, mistress Allonby?

M. ALO. Nada más que al invernadero. Lord Illingworth me dijo esta mañana que había una orquídea tan bella como los siete pecados capitales. *(Salen mistress Allonby y lord Illingworth.)*

L. CAR. Curioso tipo esta mistress Allonby.
L. HUN. A veces se deja llevar por su lengua.
L. CAR. ¿Nada más que por la lengua?
L. HUN. Así lo creo, Carolina... *(Entra lord Alfredo.)* ¡Querido lord Alfredo, venga usted aquí! *(Lord Alfredo se sienta junto a lady Stutfield.)*
L. CAR. Tú piensas bien de todo el mundo, Juana. Es un gran defecto.
L. STU. ¿Cree usted realmente, lady Carolina, que se debe pensar mal de todo el mundo?
L. CAR. Me parece mucho más seguro.
L. STU. ¡Pero hay tanta perversa maledicencia en nuestra vida moderna!
L. CAR. Lord Illingworth me hacía observar anoche, durante la cena, que la base de toda maledicencia es una certidumbre absolutamente inmoral.
M. KEL. No cabe duda que lord Illingworth es hombre de mucho ingenio; pero me parece desprovisto de esa hermosa fe en la nobleza y la pureza de la vida, que es tan importante en este siglo.
L. STU. Sí; importantísima, ¿verdad?
M. KEL. Me hace el efecto de un hombre que no aprecia la belleza de nuestra vida doméstica.
L. STU. Y no hay nada, nada, tan hermoso como la vida doméstica, ¿verdad?
M. KEL. Como que es el sostén de nuestro sistema moral en Inglaterra. Deploro, también, que lord Illingworth considere a la mujer simplemente como un juguete. Yo, en cambio, nunca he considerado a la mujer como un juguete. La mujer es el auxilio y la compañía intelectual del hombre, tanto en la vida pública como en la privada. Sin ella, olvidaríamos los verdaderos ideales. *(Se sienta junto a lady Stutfield.)*
L. STU. ¡Cómo me alegra oírle hablar así!
L. CAR. ¿Es usted casado, míster Kettle?
S. JUAN. Kelvil, querida; Kelvil.
M. KEL. Sí; soy casado, lady Carolina.
L. CAR. ¿Con familia?

M. KEL. Sí.

L. CAR. ¿Cuántos niños?

M. KEL. Ocho. *(Lady Stutfield dirige su atención a lord Alfredo.)*

L. STU. *(A lord Alfredo.)* ¡Qué pitillos tan preciosos fuma usted, lord Alfredo!

L. ALF. Son demasiado caros. Sólo cuando estoy entrampado puedo permitírmelos.

L. STU. ¡Qué terrible, qué terrible debe ser estar entrampado!

L. ALF. Alguna ocupación hay que tener en estos tiempos. Si yo no tuviese deudas, no tendría nada en qué pensar.

L. STU. Pero sus acreedores le causarán muchas molestias, ¿no? *(Entra un Lacayo.)*

L. ALF. ¡Oh, no! Escriben, pero yo no contesto.

L. STU. ¡Qué divertido!

L. HUN. ¡Ah!, una carta, Carolina, de mistress Arbuthnot. No viene a cenar; lo siento. Pero vendrá después. Es una de las mujeres más dulces que he conocido. ¡Y qué hermosa letra tiene, tan grande, tan firme! *(Alarga la carta a lady Carolina.)*

L. CAR. *(Examinándola.)* Cierta carencia de feminidad, Juana.

L. HUN. *(Cogiendo de nuevo la carta y dejándola encima de la mesa.)* ¡Oh, mistress Arbuthnot es muy femenina! ¡Y tan buena! ¡Si oyeses cómo habla de ella el vicario! *(El Lacayo le habla en voz baja.)* En el saloncito amarillo. ¿Les parece a ustedes que entremos a tomar el te?

L. STU. Con mucho gusto. *(Se levantan, disponiéndose a entrar. Sir Juan se ofrece a llevar la capa de lady Stutfield.)*

L. CAR. ¡Juan! Si dejases a tu sobrino ocuparse de la capa de lady Stutfield, podrías ayudarme a llevar mi cestillo de labor. *(Entran lord Illingworth y mistress Allonby.)*

S. JUAN. Ciertamente, alma mía. *(Salen.)*

M. ALO. Cosa curiosa: las mujeres feas están siempre celosas de sus maridos; las bonitas, nunca.

L. ILLI. Las bonitas no tienen tiempo. ¡Están siempre tan ocupadas en estar celosas de los maridos de las demás!

M. ALO. Creí que lady Carolina ya había tenido tiempo de cansarse de esas ansiedades conyugales. ¡Sir Juan es el cuarto!

L. ILLI. Tanto matrimonio, en verdad, no es decoroso. Veinte años de novela dan a la mujer un aspecto de ruina; pero veinte años de matrimonio hacen de ella algo así como un edificio público.

M. ALO. ¡Veinte años de novela! Pero ¿existe tal cosa?

L. ILLI. En estos tiempos, no. Las mujeres han adquirido demasiado "esprit". Nada echa a perder tanto una novela como el ingenio en la mujer.

M. ALO. O como la ausencia de él en el hombre.

L. ILLI. Tiene usted razón. En un templo todos deben estar serios, excepto la cosa que se adora.

M. ALO. ¿Y debería ser el hombre?

L. ILLI. ¡Las mujeres se arrodillan con tanta gracia, y los hombres con tan poca...! *(Entran Ester y Gerardo.)*

GERAR. Lord Illingworth, todos me han felicitado: lady Hunstanton, y lady Carolina, y... ¡todos! Espero hacer un buen secretario.

L. ILLI. Será usted el secretario modelo, Gerardo. Y crea usted que si no me hubiese usted convenido, no le habría hecho ese ofrecimiento. Pero ahora, apresúrense a entrar para el te. Nosotros les seguiremos. *(Salen Ester y Gerardo.)* ¡Encantador muchacho este Gerardo Arbuthnot!

M. ALO. Sí; muy agradable. Pero no puedo soportar a la americanita.

L. ILLI. ¿Por qué?

M. ALO. Me dijo ayer, y en voz muy alta, que no tenía más que diez y ocho años. Esto es una impertinencia.

L. ILLI. ¿Cómo tener confianza en una mujer que le dice a uno su verdadera edad? Una mujer capaz de decir esto, es capaz de decirlo todo.

M. ALO. Además, es una puritana...

L. ILLI. ¡Ah, eso es imperdonable! Que las feas sean puritanas, no me importa. Es su única excusa. Pero miss Worsley es francamente bonita. Yo la encuentro deliciosa. *(Mira fijamente a mistress Allonby.)*

M. ALO. ¡Qué malo debe de ser usted!

L. ILLI. ¿A qué llama usted un hombre malo?

M. ALO. A esa clase de hombres que admira la inocencia.

L. ILLI. ¿Y una mujer mala?

M. ALO. ¡Oh!, a esa clase de mujeres de que nunca se cansa un hombre.

L. ILLI. Es usted severa... consigo misma.

M. ALO. Defínanos usted como sexo.

L. ILLI. Esfinges sin secreto.

M. ALO. ¿Incluye usted a las puritanas?

L. ILLI. ¿No sabe usted que no creo en la existencia de las puritanas? Creo que no hay en el mundo una mujer que no se sienta halagada de que la cortejen.

M. ALO. ¿Y cree usted que ninguna mujer en el mundo se resistiría a que le diesen un beso?

L. ILLI. Muy pocas.

M. ALO. Miss Worsley no le permitiría a usted que la besase.

L. ILLI. ¿Está usted segura?

M. ALO. Completamente.

L. ILLI. ¿Qué cree usted que haría si la besara?

M. ALO. O casarse con usted, o abofetearle. ¿Qué haría usted en este último caso?

L. ILLI. Enamorarme de ella, probablemente.

M. ALO. Entonces es preferible que no intente usted besarla.

L. ILLI. ¿No sabe usted que siempre he conseguido todo lo que me he propuesto?

M. ALO. Lo siento. Las mujeres adoramos las derrotas. Ellos, entonces, se apoyan en nosotras.

L. ILLI. Sí; ellos tienen siempre necesidad de ustedes, excepto en el momento del triunfo.

M. ALO. Entonces dejan de ser interesantes.

L. ILLI. ¡Qué tentadora es usted. *(Pausa.)*

M. ALO. Lord Illingworth, hay una razón por la que siempre me gustará usted.

L. ILLI. ¿Sólo una? ¡Y yo que tengo tantas malas cualidades! Pero ¿cuál es esa misteriosa razón?

M. ALO. Que nunca me ha hecho usted el amor.

L. ILLI. ¡Pero si nunca he hecho otra cosa!

M. ALO. ¿De verdad? Pues no lo había advertido.

L. ILLI. ¡Qué fortuna! Hubiera podido ser una tragedia para ambos.

M. ALO. A la cual ambos habríamos sobrevivido.

L. ILLI. En nuestro tiempo se puede sobrevivir a todo, excepto a la muerte; y hacerse a todo, menos a una buena reputación.

M. ALO. ¿Ha probado usted alguna vez a tener buena reputación?

L. ILLI. Es una de las muchas molestias a que nunca he tenido que someterme.

M. ALO. Puede llegar.

L. ILLI. ¿Por qué amenazarme?

M. ALO. Se lo diré cuando haya besado a la puritana.

L. ILLI. ¿Vamos entretanto a tomar una taza de te?

M. ALO. ¿Le gustan a usted placeres tan sencillos?

L. ILLI. Adoro los placeres sencillos. Son el último refugio de los hombres complicados. *(Echando de ver la carta de mistress Arbulhnot sobre la mesa, la coge y mira el sobre.)* ¡Qué letra tan singular!... Me recuerda la letra de una mujer que conocí mucho, hace años...

M. ALO. ¿Quién?

L. ILLI. ¡Oh, nadie! Nadie de particular. Una mujer sin importancia. *(Deja la carta sobre la mesa, y sube los escalones de la terraza con mistress Allonby, sonriéndose uno a otro.)*

TELÓN

CUADRO SEGUNDO

Salón en el castillo de Hunstanton, después de la cena, encendidas las lámparas. Puerta en el ángulo de la izquierda. Idem en el de la derecha. Mistress Allonby, lady Stutfield, lady Hunstanton, lady Carolina y miss Worsley, sentadas en los divanes.

M. ALO. ¡Qué gusto sentirse por un momento libre de los hombres!

L. STU. Sí; los hombres nos persiguen terriblemente, ¿verdad?

M. ALO. ¿Nos persiguen? Eso quisiera yo.

L. HUN. ¡Querida!

M. ALO. Lo malo es que los muy bribones pueden pasarse perfectamente sin nosotras. *(Entran los criados con el café.)* Siempre están intentando escapársenos.

L. STU. Pues yo creo que somos nosotras las que siempre intentamos escapar de ellos. Los hombres no tienen corazón. Conocen su poder, y abusan.

L. CAR. *(Tomando una taza de café, que le ofrece un criado.)* ¡Cuánto desatino! Lo que hay que hacer es mantener a los hombres en su papel.

M. ALO. Pero ¿cuál es su papel, lady Carolina?

L. CAR. Cuidar a sus mujeres.

M. ALO. *(Tomando una taza de café que le ofrece el criado.)* ¿Sí? ¿Y si no están casados?

L. CAR. Si no lo están, deben casarse. Es un verdadero escándalo el número de solteros que van y vienen por el mundo. Debería votarse una ley obligándoles a casarse en el plazo de doce meses.

L. STU. *(Rehusando el café.)* Pero ¿y si estuviesen enamorados de una mujer que perteneciese a otro?

L. CAR. En ese caso, lady Stutfield, debería obligárseles a casarse, en el plazo de una semana, con alguna doncella fea y respetable, a fin de enseñarles a no codiciar el bien ajeno.

L. HUN. Pero ¿tú crees, Carolina, que las leyes sean capaces de mejorar nada? He oído decir que hoy, todos los hombres casados viven como solteros, y todos los solteros, como casados.

M. ALO. Yo, la verdad, es que nunca he podido distinguirlos.

L. STU. ¡Oh, pues a mí me parece que es fácil reconocerlos a primera vista! ¡He notado una expresión tan triste en los ojos de tantos hombres casados!

M. ALO. ¡Ah! Yo, todo lo que he advertido es que son horriblemente fastidiosos cuando son buenos maridos, y abominablemente vanidosos cuando no lo son.

L. CAR. Con su manera de mirar la vida, me extraña que se haya usted casado.

M. ALO. Y a mí también.

L. HUN. Hija mía, yo creo que realmente es usted muy feliz en su vida conyugal; pero que le gusta ocultar esta felicidad a los demás.

M. ALO. Le aseguro a usted que Ernesto me ha defraudado horriblemente.

L. HUN. ¡Oh, no lo creo! Conocí mucho a su madre. Era una Stratton, Carolina, una de las hijas de lord Crowland (*).

L. CAR. ¿Victoria Stratton? La recuerdo perfectamente. Una muchacha tonta, de pelo rubio y sin barbilla.

M. ALO. ¡Ah! Ernesto tiene barbilla. Y fuerte, cuadrada. Demasiado cuadrada.

L. STU. Pero ¿es que la barbilla de un hombre puede ser alguna vez demasiado cuadrada? Los hombres deben tener un aspecto muy fuerte, muy varonil, y la barbilla muy cuadrada, muy cuadrada.

M. ALO. Entonces debería usted conocer a Ernesto. Pero debo prevenirla, honradamente, que no tiene conversación.

L. STU. ¡Adoro los hombres silenciosos!

(*) Pronúnciese: **Cráuland.**

M. ALO. ¡Oh, Ernesto no es silencioso! No está callado un momento. Pero no tiene conversación. De qué habla, no lo sé. Hace ya años que no le escucho.

L. STU. Pero ¿todavía no le ha perdonado usted? ¡Qué pena! Aunque todo en la vida es triste, muy triste, ¿verdad?

M. ALO. La vida, lady Stutfield, es un mal cuarto de hora, hecho de momentos exquisitos.

L. CAR. Sí, es cierto; hay momentos. Pero ¿cometió alguna falta muy grave su marido? ¿Se enfadó con usted y le dijo cosas desagradables o que eran ciertas?

M. ALO. ¡Oh, no! Ernesto no se enfada nunca. Es una de las razones por que me ataca los nervios. Nada tan irritante como la tranquilidad.

L. STU. Sí; el buen carácter de los hombres demuestra que no son tan sensibles como nosotras, tan delicados. Esto pone a menudo una barrera entre marido y mujer, ¿verdad? Pero me gustaría saber qué falta cometió su marido.

M. ALO. Se lo diré a usted; pero a condición de que lo repita a todo el mundo.

L. STU. Gracias, gracias. Me haré un deber de conciencia el repetírlo.

M. ALO. Cuando Ernesto y yo éramos novios, me juró solemnemente, de rodillas, que no había amado antes a ninguna otra. Yo era muy joven, y ya comprenderá usted que no le creí. Desgraciadamente, no hice pesquisa alguna hasta después de cuatro o cinco meses de casada. Entonces descubrí que lo que me había dicho era la pura verdad. Y ésa es una cosa que quita a un hombre todo interés.

L. HUN. ¡Querida!

M. ALO. Los hombres quieren siempre ser el primer amor de una mujer. En eso cifran su grosera vanidad. Las mujeres tenemos un instinto más sutil de las cosas. Preferimos ser la última novela de un hombre.

L. STU. Comprendo. ¡Muy hermoso, muy hermoso!

M. ALO. Y ¿cómo esperar que una mujer sea feliz con un hombre que se empeña en tratarla como si fuera un ser perfectamente racional?

L. HUN. ¡Querida!

M. ALO. El hombre, ese pobre hombre, pertenece a un sexo que ha sido racional durante millones y millones de años. No puede dejar de ser como es. Lo lleva en la sangre. La historia de la mujer es muy distinta. Nosotras hemos sido siempre una pintoresca protesta contra la simple existencia del sentido común. Vimos sus peligros desde el primer momento.

L. STU. Sí; el sentido común, en los maridos, es muy molesto, muy molesto. Dígame usted su concepto del marido ideal.

M. ALO. ¿El marido ideal? No puede haberlo. La institución es defectuosa.

L. STU. El hombre ideal, entonces, con relación a nosotras.

M. ALO. ¡El hombre ideal! ¡Oh!, el hombre ideal nos hablaría como si fuéramos diosas, y nos trataría como si fuésemos niñas. Se negaría a todas nuestras peticiones serias, y satisfaría todos nuestros antojos. Nos animaría a tener caprichos, y nos prohibiría ejercer misiones. Diría siempre mucho más de lo que piensa, y pensaría mucho más de lo que dice.

L. HUN. Pero ¿cómo podría hacer ambas cosas a la vez?

M. ALO. No andaría nunca detrás de otras mujeres bonitas. Esto demostraría que carece de buen gusto, o haría sospechar que tiene demasiado. No; se mostrará muy amable con todas, pero dirá que, por una u otra causa, no le seducen.

L. STU. Sí, siempre es muy agradable oír hablar de otras mujeres.

M. ALO. Si le preguntamos cualquier cosa, sea lo que sea, nos contestará siempre hablándonos de nosotras mismas. Invariablemente, debe hacer nuestro elogio a propósito de cualidades que sabe no tenemos. Pero debe mostrarse impla-

cable, absolutamente implacable, reprochándonos virtudes que no hemos soñado nunca en poseer. Jamás debe suponer que sabemos el uso de las cosas útiles. Esto sería imperdonable. Pero debe abrumarnos con todo aquello que no necesitamos.

L. CAR. A lo que veo, no haría más que pagar cuentas y decir cumplidos.

L. HUN. ¡Qué ingeniosa es usted, querida! No cree usted ni una palabra de lo que dice.

L. CAR. ¿Y cuál sería, si puede saberse, la recompensa de ese hombre ideal?

M. ALO. ¿Su recompensa? Una espera ilimitada.

L. STU. Pero los hombres son muy exigentes, ¿verdad?

M. ALO. ¿Qué importa? Una, jamás debe rendirse.

L. STU. ¿Ni siquiera al hombre ideal?

M. ALO. Tampoco. A menos que quiera una cansarse de él.

L. STU. ¡Ah!... sí. Comprendo. Es admirable. ¿Cree usted, mistress Allonby, que encontraré alguna vez ese hombre ideal? ¿O no hay más que uno?

M. ALO. Justamente hay cuatro en Londres, lady Stutfield.

L. HUN. ¡Oh, querida!

M. ALO. *(Acercándose a ella.)* ¿Qué pasa, lady Hunstanton?

L. HUN. *(En voz baja.)* Había olvidado en absoluto que estaba aquí la americanita. Temo que esta conversación algo desenvuelta le haya chocado un poco.

M. ALO. ¡Oh, le hará mucho bien!

L. HUN. Esperemos que no la haya entendido. Me parece que haré bien en ir a hablarla. *(Se levanta y va a sentarse junto a miss Worsley.)* ¡Qué quietecita se ha estado usted en su rincón todo este tiempo! ¿Leía usted algo? En la biblioteca hay una porción de libros.

M. EST. No; he escuchado la conversación.

L. HUN. ¡Oh, querida, no vaya usted a creer todo lo que se ha dicho!

M. EST. No he creído nada.

L. HUN. Ha hecho usted muy bien, querida.

M. EST. *(Continuando.)* No he podido creer que ninguna mujer sea capaz de tener sobre la vida ideas como las que he oído esta noche a algunas de sus invitadas. En América tenemos ideas muy distintas. *(Pausa embarazosa.)*

M. ALO. ¿Qué dice esa niña terrible?

L. STU. Es de una naturalidad penosa, ¿verdad?

L. CAR. En cambio, hay una porción de cosas que no tienen ustedes en América, según me ha dicho miss Worsley. Dicen que no tienen ustedes ruinas ni curiosidades.

M. EST. La aristocracia inglesa nos suministra nuestras curiosidades, lady Carolina. Y en cuanto a ruinas, tratamos de construir algo más duradero que el ladrillo o la piedra. *(Se levanta para coger de la mesa su abanico.)*

L. HUN. ¿Y qué es, querida?

M. EST. *(De pie junto a la mesa.)* Tratamos de construir la vida, lady Hunstanton, sobre una base mejor, más verdadera, más pura que la base sobre que descansa aquí. Esto, sin duda, les parecerá muy extraño a todas ustedes. ¿Cómo no les iba a parecer extraño? Ustedes, los ricos de Inglaterra, no saben de qué manera viven. ¿Cómo iban a saberlo? Viviendo así, por encima de los demás y a costa de ellos, se mofan ustedes del sacrificio, y si arrojan pan a los pobres, es sólo para que permanezcan quietos una temporada. Con todo ese lujo, y esa riqueza, y ese arte, no saben ustedes cómo viven; ni siquiera saben que viven. Aman ustedes la belleza que pueden ver, y tocar, y vender; la belleza que pueden destruir, y que destruyen; pero de la belleza invisible de la vida, de la belleza invisible de una vida más alta, nada saben ustedes. Han perdido ustedes el secreto de la vida. ¡Oh!, esta sociedad inglesa me parece superficial, vana, egoísta.

L. HUN. ¡Mi querida miss Worsley! Y yo que creía

que le gustaba a usted tanto la sociedad inglesa. ¡Tuvo usted tanto éxito! No recuerdo lo que lord Weston (*) dijo de usted; pero era muy lisonjero, y ya sabe usted que en cuestión de belleza es una autoridad.

M. EST. ¡Lord Weston! Lo recuerdo, lady Hunstanton. Un hombre de sonrisa repugnante y de repugnante pasado. Le invitan a todas partes. No hay comida mundana que esté completa sin él. ¿Y aquellas cuya ruina causó? Son las parias. No tienen nombre. Si las encontrase usted en la calle, volvería usted la cabeza. No las compadezco. Que todas las mujeres que pecaron sean castigadas. *(Mistress Arbuthnot entra en este momento por la terraza, envuelta en una capa y con un velo de blonda a la cabeza. Oye las últimas palabras, y se estremece.)*

L. HUN. ¡Hija mía!

M. EST. Es justo que sean castigadas, pero que no sean las únicas en sufrir. Que no haya una ley para los hombres y otra para las mujeres. Son injustos en Inglaterra con la mujer. Y hasta el día en que consideren que lo que es una vergüenza en la mujer, es una infamia en el hombre, serán injustos.

L. CAR. ¿Haría usted el favor, querida miss Worsley, ya que está usted en pie, de darme el algodón? Gracias.

L. HUN. ¡Mi querida mistress Arbuthnot, cuánto me alegro de que haya usted venido! Pero no he oído anunciarla.

M. ARB. ¡Oh!, he venido por la terraza, lady Hunstanton, tal como estaba. No me dijo usted que tenía reunión.

L. HUN. No es una reunión. Sólo algunos invitados que tengo en casa, y que voy a presentarle. Permítame... *(Trata de ayudarle a quitarse el abrigo. Toca el timbre.)* Carolina, mistress

(*) Pronúnciese: Ueston.

Arbuthnot, una de mis mejores amigas. Lady Carolina Pontefract, lady Stutfield, mistress Allonby y mi amiguita americana miss Worsley, que acaba de decirnos lo poco que valemos.

M. EST. Temo, lady Hunstanton, haberme expresado con demasiada vehemencia. Pero hay cosas en Inglaterra...

L. HUN. Hija mía, había una gran parte de verdad en sus palabras, y estaba usted muy bonita mientras hablaba, lo que es más importante aún, como nos diría lord Illingworth. Ahora, querida, venga usted y hágase amiga de mistress Arbuthnot. Es una de esas personas buenas, dulces y sencillas que, según usted, no admitimos nunca en sociedad. Siento decir que mistress Arbuthnot apenas viene a verme; pero no es culpa mía.

M. ALO. ¡Qué fastidio que los hombres estén solos tanto tiempo después de cenar! Supongo que estarán diciendo las mayores atrocidades de nosotras.

L. STU. ¿Cree usted...?

M. ALO. Estoy segura.

L. STU. ¡Qué horror! ¿Nos vamos a la terraza?

M. ALO. ¡Oh, todo por escapar de las viudas! *(Se levanta, dirigiéndose con lady Stutfield hacia la puerta de la izquierda.)* Vamos sólo a mirar las estrellas, lady Hunstanton.

L. HUN. Pues verán ustedes muchas, queridas, muchísimas. Pero no cojan frío. *(A mistress Arbuthnot.)* Todos vamos a echar muy de menos a Gerardo.

M. ARB. Pero ¿realmente le ha ofrecido lord Illingworth a Gerardo tomarle como secretario?

L. HUN. ¡Oh, sí! Está encantado; tiene de su hijo de usted la más alta opinión. ¿No conoce usted a lord Illingworth?

M. ARB. No; nunca le he visto.

L. HUN. Pero ¿le conocerá usted de nombre?

M. ARB. No; no creo. ¡Vivo tan retirada del mundo y

veo a tan poca gente! Recuerdo haber oído hablar, hace años, de un viejo lord Illingworth que vivía en el condado de York, me parece.

L. HUN. ¡Ah, sí! Sería el antepenúltimo conde. Era un hombre rarísimo. El actual lord Illingworth es completamente distinto. Es muy "chic", y ocupa una elevadísima posición. Claro que todavía es relativamente joven, y sólo tiene el título desde... ¿Cuánto tiempo hace exactamente, Carolina, que lord Illingworth heredó?

L. CAR. Unos cuatro años, Juana. Me parece que fué el mismo año en que mi hermano tuvo su último escándalo.

L. HUN. ¡Ah!, ya me acuerdo, sí; debe de hacer, poco más o menos, cuatro años. Claro que había muchas personas entre lord Illingworth y el título... ¡Cuántas veces me acuerdo de la pobre lady Cecilia, y siento que no haya vivido bastante para ver a su hijo entrar en posesión del título!

M. ARB. ¿Lady Cecilia?

L. HUN. Sí; la madre de lord Illingworth, una de las hijas de la duquesa de Jerningham (*), que se casó con sir Tomás Harford (**), que no era un buen partido para ella, aunque pasaba por ser el hombre más guapo de Londres. Le conocí mucho, así como a sus dos hijos, Arturo y Jorge.

M. ARB. ¿Y fué el mayor, naturalmente, quien le heredó, lady Hunstanton?

L. HUN. No, querida; le mataron en una cacería. ¿O fué pescando, Carolina? No recuerdo. El caso es que Jorge heredó todo. Por algo le digo yo que ningún segundón ha tenido nunca tanta suerte.

M. ARB. Lady Hunstanton, necesito hablar a Gerardo

(*) Pronúnciese: Yérningam.

(**) Pronúnciese: Járford.

inmediatamente. ¿Podría verle? ¿Pueden ir a llamarle?

L. HUN. No faltaba más, querida. Enviaré a uno de los criados al comedor. No sé qué es lo que retendrá tanto tiempo a esos señores. *(Toca el timbre.)* Cuando conocí a lord Illingworth no era aún más que Jorge Harford, muchacho muy bien visto en sociedad, pero sin un céntimo, viviendo de lo poco que le pasaba aquella pobre lady Cecilia. Esta le quería muchísimo; yo creo que, principalmente, porque Jorge no estaba en muy buenas relaciones con su padre. ¡Ah, el querido archidiácono! *(Al criado.)* No es nada. *(Entran sir Juan y el doctor Daubeny. Sir Juan se dirige hacia lady Stutfield; el doctor Daubeny, hacia lady Hunstanton.)*

ARCHI. Lord Illingworth ha estado delicioso, delicioso. Nunca me he reído tanto. *(Echando de ver a mistress Arbuthnot.)* ¡Ah, mistress Arbuthnot!

L. HUN. *(Al doctor Daubeny.)* Ya ve usted, al fin he podido conseguir que mistres Arbuthnot venga a verme.

ARCHI. Es un gran honor, lady Hunstanton. Mi mujer va a tener celos.

L. HUN. ¡Cuánto siento que no haya podido venir con usted esta noche! Supongo que dolor de cabeza, como de costumbre.

ARCHI. Sí, lady Hunstanton; mi mujer es una verdadera mártir. Pero se siente mucho mejor cuando está sola, mucho mejor.

L. CAR. *(A su marido.)* ¡Juan! *(Sir Juan se dirige hacia su mujer. El doctor Daubeny habla con lady Hunstanton y mistress Arbuthnot, que no separa los ojos de lord Illingworth. Este ha atravesado la habitación, sin reparar en ella, y se acerca a mistress Allonby, la cual está en pie, con lady Stutfield, junto a la puerta, mirando hacia la terraza.)*

L. ILLI. ¿Cómo sigue la más adorable de las mujeres?

M. ALO. *(Cogiendo a lady Stutfield del brazo.)* Ambas

seguimos perfectamente; gracias, lord Illingworth. Pero ¡qué poco tiempo han estado ustedes en el comedor!

L. ILLI. Me he aburrido mortalmente. No he abierto los labios en todo el tiempo, deseando nada más volver con ustedes.

M. ALO. Debería usted haber estado aquí. La americanita nos ha dado una conferencia.

L. ILLI. ¿De veras? Todos los americanos discursean. Debe ser culpa del clima. ¿Y sobre qué fué la conferencia?

M. ALO. ¡Oh, sobre puritanismo, naturalmente!

L. ILLI. Voy a convertirla: ya verán ustedes. ¿Cuánto tiempo me conceden?

M. ALO. Una semana.

L. ILLI. ¿Una semana? Es demasiado. *(Entran Gerardo y lord Alfredo.)*

GERAR. *(Yendo hacia mistress Arbuthnot.)* ¡Querida mamá!

M. ARB. Gerardo, no me encuentro bien. Llévame a casa. No debería haber venido.

GERAR. ¡Cuánto lo siento, mamá! Pero quiero presentarte antes a lord Illingworth. *(Atraviesa la habitación.)*

M. ARB. Esta noche, no, Gerardo.

GERAR. Lord Illingworth, desearía presentarle a mi madre.

L. ILLI. Con el mayor gusto. *(A mistress Allonby.)* Volveré dentro de un instante. Las madres siempre me aburren mortalmente. Todas las mujeres llegan a ser como sus madres. Esa es su tragedia. *(Se dirige, con Gerardo, hacia mistress Arbuthnot. Al verla, se estremece y da un paso atrás, lleno de sorpresa. Luego, lentamente, vuelve los ojos hacia Gerardo.)*

GERAR. Mamá, lord Illinworth, que me ha ofrecido tomarme de secretario. *(Mistress Arbuthnot se inclina friamente.)* No es posible empezar mejor, ¿verdad? Espero que no le causaré una decepción. Dale las gracias, mamá.

M. ARB. Lord Illingworth es muy bueno en interesarse por ti.

L. ILLI. *(Poniéndole la mano en el hombro a Gerardo.)* ¡Oh!, Gerardo y yo somos ya excelentes amigos, mistress... Arbuthnot.

M. ARB. Nada puede haber de común entre usted y mi hijo, lord Illingworth.

GERAR. Pero ¿qué dices, mamá? ¡Claro que lord Illingworth es tan instruido, sabe tantas cosas!

L. ILLI. ¡Hijo mío!

GERAR. Sabe más de la vida que todos los hombres que he conocido hasta ahora. ¡Me siento tan torpe al lado de usted, lord Illingworth! Además, he tenido pocas ocasiones de instruirme; no he cursado ninguna carrera, como otros. Pero lord Illingworth parece que no se fija en eso, mamá. Ha sido buenísimo conmigo.

M. ARB. Lord Illingworth puede cambiar de opinión. Es posible que, realmente, no te necesite como secretario.

GERAR. ¡Mamá!

M. ARB. Debes recordar, como tú mismo decías, que has tenido tan pocas ocasiones...

M. ALO. Lord Illingworth, tengo que decirle una cosa. ¿Quiere usted venir?

L. ILLI. ¿Me permite usted, mistress Arbuthnot? Ahora, no deje usted a su madre poner más dificultades, Gerardo. La cosa está resuelta, ¿verdad?

GERAR. Así lo espero. *(Lord Illingworth atraviesa la escena, dirigiéndose hacia mistress Allonby.)*

M. ALO. Creí que no iba usted a dejar nunca a la dama de terciopelo negro.

L. ILLI. *(Mirando a mistress Arbuthnot.)* Es extremadamente hermosa.

L. HUN. Carolina, ¿vamos a hacer un poco de música? Miss Worsley va a tocar. Vendrá usted también, querida mistress Arbuthnot, ¿verdad? No sabe usted qué buen rato la espera. *(Al doctor Daubeny.)* Tengo que llevar alguna tarde a miss Worsley a la ópera. ¡Me gustaría tan-

to que su señora la oyese tocar el violín! ¡Ah!, olvidaba... Su señora tiene el oído algo duro, ¿verdad?

ARCHI. Su sordera es una de sus mayores privaciones. Ni siquiera puede oír mis sermones. Los lee en casa. Pero nunca se aburre, nunca.

L. HUN. ¿Leerá mucho, entonces?

ARCHI. Nada más que lo impreso en letra grande. La vista se le va por momentos. Pero nunca está enferma, nunca.

GERAR. *(A lord Illingworth.)* Hable usted antes a mi madre, lord Illingworth. Me parece que se figura, no sé por qué, que no piensa usted cumplir lo prometido.

M. ALO. ¿No viene usted?

L. ILLI. Dentro de unos instantes. Lady Hunstanton, si mistress Arbuthnot me lo permite, desearía hablar con ella unas palabras.

L. HUN. ¡Oh!, desde luego. Tendrá usted mucho que decirle, y ella mucho que agradecer a usted.

L. CAR. ¡Juan!

L. HUN. Pero no nos retenga usted demasiado a mistress Arbuthnot. No podemos pasarnos sin ella. *(Sale, seguida de los otros invitados. Se oye el violín en la sala de música.)*

L. ILLI. ¡Conque es nuestro hijo, Raquel! Bien; estoy orgulloso de él. Es un Harford hasta las uñas. Y a propósito: ¿por qué ese nombre de Arbuthnot, Raquel?

M. ARB. ¿Qué más da un nombre que otro, cuando no se tiene derecho a ninguno?

L. ILLI. Sin duda... Pero ¿por qué Gerardo?

M. ARB. Es el de un hombre que hice morir de pena: el de mi padre.

L. ILLI. Bueno, Raquel, lo pasado, pasado está. Todo lo que puedo decirte ahora es que estoy muy satisfecho, muy satisfecho de nuestro hijo. Para el mundo no será más que mi secretario particular; pero para mí será algo muy cercano, muy querido. Es curioso, Raquel; mi vida me parecía completa, y no era así. Faltaba

algo, faltaba un hijo. Ya lo he encontrado, y estoy contento de haberlo encontrado.

M. ARB. No tiene usted el menor derecho a reclamarlo. Mi hijo es enteramente mío, y continuará siéndolo.

L. ILLI. Mi querida Raquel: tú le has tenido para ti sola durante más de veinte años. ¿Por qué no dejármelo un poco ahora? Tan mío es como tuyo.

M. ARB. ¿Habla usted del hijo que abandonó? ¿Del hijo que si sólo le hubiera tenido a usted en el mundo, habría muerto de hambre y de miseria?

L. ILLI. Olvidas, Raquel, que fuiste tú quien me dejaste.

M. ARB. Le abandoné a usted porque rehusó dar un nombre al niño. Ya, antes de que naciese, le supliqué a usted que nos casáramos.

L. ILLI. Entonces yo no tenía ningún porvenir. Y, además, era poco mayor que tú. No tenía más que veintidós años. Veintiuno, creo, cuando comenzaron nuestras relaciones en el jardín de tu padre.

M. ARB. Cuando un hombre tiene suficiente edad para hacer el mal, debe tenerla también para hacer el bien.

L. ILLI. Mi querida Raquel: las generalidades intelectuales son siempre interesantes; pero las generalidades en moral no significan absolutamente nada. En cuanto a lo que decías de si he dejado a nuestro hijo morir de hambre, es falso. Mi madre te ofreció seiscientas libras al año. Pero tú no quisiste aceptar nada. Desapareciste, simplemente, llevándote al niño contigo.

M. ARB. No hubiera aceptado ni un céntimo de ella. Su padre de usted era diferente. Delante de mí le dijo a usted, cuando estuvimos en París, que su deber era casarse conmigo.

L. ILLI. ¡Oh!, el deber es lo que se espera que hagan los demás, no lo que uno mismo hace. Claro

que yo estaba influenciado por mi madre. Todos los hombres lo están cuando son jóvenes.

M. ARB. Celebro oírselo decir. Gerardo no se irá, pues, con usted.

L. ILLI. ¡Qué tontería, Raquel!

M. ARB. ¿Cree usted que dejaré a mi hijo?...

L. ILLI. *Nuestro* hijo.

M. ARB. Mi hijo... *(Lord Illingworth se encoge de hombros.)* ¿Ir con el hombre que marchitó mi juventud, que arruinó mi vida, que ha corrompido cada momento de mi existencia? Usted no se da cuenta de que mi pasado ha sido todo sufrimiento y vergüenza.

L. ILLI. Mi querida Raquel, debo confesarte ingenuamente que creo el porvenir de Gerardo mucho más importante que tu pasado.

M. ARB. Gerardo no puede separar su porvenir de mi pasado.

L. ILLI. Pues es lo que debería hacer. Eso es lo que tú deberías ayudarle a hacer. ¡Cómo sois las mujeres! Habláis sentimentalmente, y, en el fondo, siempre sois egoístas. Pero no tengamos una escena. Raquel, necesito que mires la situación desde el punto de vista del sentido común, desde el punto de vista de lo que conviene a nuestro hijo, poniéndonos, tú y yo, fuera de la cuestión. ¿Qué es nuestro hijo ahora? Un empleado, mal retribuído, de una casa de banca de provincias. Si te figuras que es muy feliz en semejante posición, te equivocas. No puede estar más descontento.

M. ARB. No lo estaba hasta que le encontró a usted. Usted tiene la culpa.

L. ILLI. Naturalmente. El descontento es el primer paso en el progreso de un hombre. Pero yo no le he abandonado a la simple aspiración de algo fuera de su alcance. No; le he hecho una proposición seductora, que él se ha apresurado a aceptar. Cualquier otro hubiese hecho lo propio. Y ahora, simplemente porque resulta que soy el padre del muchacho, y él es mi hijo,

te propones tú destruir su porvenir. Es decir, que si yo fuese, en absoluto, un extraño, dejarías a Gerardo me siguiese; pero como es mi carne y mi sangre, te opones. ¡Qué profundamente ilógica eres!

M. ARB. No se lo permitiré.

L. ILLI. ¿Y cómo podrás impedirlo? ¿Qué pretexto podrás oponerle para obligarle a rehusar un ofrecimiento como el mío? Yo, inútil decírtelo, no le revelaré qué lazos me unen a él. Pero tú tampoco te atreverás a decírselo; bien lo sabes. Piensa en cómo le has educado.

M. ARB. Le he educado para que sea un hombre honrado.

L. ILLI. Exactísimo. ¿Y cuál es el resultado? Que le has educado para que sea tu juez, si alguna vez descubre la verdad. Y un juez amargo, injusto, será para ti. No te hagas ilusiones, Raquel. Los hijos comienzan por querer a sus padres. Más tarde, los juzgan. Raramente, ¡si acaso!, los perdonan.

M. ARB. ¡Jorge, no me quites a mi hijo! Yo he tenido veinte años de dolor, y sólo le tuve a él para quererme, sólo a él a quien querer. Tú has tenido una vida de alegría, y de placer, y de éxito. Tú has sido siempre feliz; tú no pensaste nunca en nosotros. No había razón alguna, con tu manera de ver la vida, para que nos hubieses recordado. Nuestro encuentro ha sido una simple casualidad, una casualidad horrible. Olvídala. No vengas ahora a robarme... todo lo que tengo en este mundo. ¡Tú eres tan rico de todo lo demás! ¡Jorge, no me quites a Gerardo!

L. ILLI. Raquel, en el momento presente, tú no eres ya necesaria al porvenir de Gerardo, y yo sí. No hay más que hablar sobre este punto.

M. ARB. ¡No le dejaré partir!

L. ILLI. Aquí viene Gerardo. El tiene derecho a decidir por sí mismo. *(Entra Gerardo.)*

GERAR. Y bien, mamá, ¿supongo que ya habrás arreglado todo con lord Illingworth?

M. ARB. No, Gerardo.

L. ILLI. Su madre parece que no quiere a usted dejarle venir conmigo, no sé por qué razones.

GERAR. ¿Por qué, mamá?

M. ARB. Creía, Gerardo, que eras feliz a mi lado. Ignoraba que tuvieses tantos deseos de dejarme.

GERAR. Mamá, ¿cómo puedes decir eso? Naturalmente que he sido muy feliz a tu lado. Pero un hombre no puede estar siempre al lado de su madre. Yo necesito crearme una posición, hacer algo. Creí que te enorgullecería verme de secretario de lord Illingworth.

M. ARB. No me parece que puedas desempeñar bien el cargo de secretario de lord Illingworth. No tienes condiciones para ello.

L. ILLI. No quisiera intervenir en el asunto, mistress Arbuthnot; pero, en lo que se refiere a su última objeción, seguramente soy yo el mejor juez. Y sólo puedo decirle que su hijo reúne todas las condiciones que yo podía apetecer. Acaso más de las que yo creía. Sí, muchas más. *(Mistress Arbuthnot permanece en silencio.)* ¿Tiene usted alguna otra razón, mistress Arbuthnot, por la que no quiere usted que su hijo acepte este puesto?

GERAR. ¿La tienes, mamá? Dí.

L. ILLI. Si la tiene usted, mistress Arbuthnot, dígala; se lo ruego. Estamos casi en familia. Sea cual sea, no necesito decirle que guardaré el mayor secreto.

GERAR. ¿Mamá...?

L. ILLI. Si desea usted quedarse a solas con su hijo, me retiraré. Quizá tenga usted otra razón que no quiere oiga yo.

M. ARB. No tengo ninguna otra razón.

L. ILLI. Entonces, hijo mío, podemos considerar terminado el asunto. Vamos a fumar un pitillo a la terraza. Y usted, mistress Arbuthnot, permítame le diga que ha obrado muy cuerdamen-

te, muy cuerdamente. *(Sale con Gerardo. Mistress Arbuthnot queda sola, en pie, con una indecible expresión de sufrimiento en el rostro.)*

TELÓN

ACTO SEGUNDO

La galería de retratos del castillo de Hunstanton. Puerta, al fondo, que da a la terraza. Lord Illingworth y Gerardo, en el ángulo de la derecha. Lord Illingworth, recostado en un diván; Gerardo, sentado en una silla.

L. ILLI. Es una mujer profundamente sensata su madre de usted, Gerardo. Estaba seguro de que acabaría por consentir.

GERAR. Mi madre es muy estricta, lord Illingworth, y comprendo que no me crea capaz de ser su secretario. Cuando estaba en la escuela, fuí muy holgazán, y, ni aunque me costase la vida, podría ahora examinarme de nada.

L. ILLI. Mi querido Gerardo, los exámenes no sirven de nada. Si uno es un *gentleman*, ya sabe bastante; y si no lo es, todo lo que aprenda sólo podra perjudicarle.

GERAR. ¡Pero si no sé nada de la vida, lord Illingworth!

L. ILLI. No tema usted; recuerde que tiene de parte suya la cosa más maravillosa del mundo: ¡la juventud! No hay nada como la juventud. Los hombres ya maduros están hipotecados a la vida; los viejos, arrinconados en el desván de la vida. Pero la juventud es la señora de la vida. La juventud tiene, aguardándola, un reino. Todo hombre nace rey, y la mayoría muere en el destierro, como muchos reyes. Para recomquistar mi juventud, Gerardo, nada hay que no fuera yo capaz de hacer, nada; excepto hacer ejercicio, levantarme temprano, o ser un miembro útil a la sociedad.

GERAR. Pero usted no puede creerse viejo, lord Illingworth.

L. ILLI. Lo bastante para poder ser su padre de usted, Gerardo.

GERAR. No me acuerdo de mi padre; murió hace años.

L. ILLI. Eso me ha dicho lady Hunstanton.

GERAR. Es raro; mi madre nunca me habla de mi padre. A veces pienso que debió contraer un matrimonio desigual.

L. ILLI. *(Con una ligera mueca.)* ¿Sí? *(Adelantándose y poniéndole la mano en el hombro a Gerardo.)* ¿No ha echado usted nunca de menos a su padre, Gerardo?

GERAR. ¡Oh, no! ¡Mi madre ha sido tan buena para mí! Nadie tuvo nunca una madre como la mía.

L. ILLI. Sin duda. Pero, a pesar de todo, me parece que la mayoría de las madres no acaban de comprender a sus hijos. No se dan cuenta de que un hijo tiene ambiciones, deseos de ver la vida, de hacerse por sí mismo un nombre.

GERAR. *(Lentamente.)* Es posible.

L. ILLI. Su madre de usted, por ejemplo, es una mujer muy buena. Pero las mujeres buenas tienen una manera tan limitada de ver la vida, su horizonte es tan estrecho, se interesan en tantas pequeñeces... ¿verdad?

GERAR. Sí, es cierto; se preocupan de una porción de cosas que a nosotros nos tienen sin cuidado.

L. ILLI. Supongo que su madre será muy religiosa, ¿no?

GERAR. Sí, se pasa el día en la iglesia.

L. ILLI. ¡Ah! No es moderna; y ser moderno es hoy lo único que importa. Usted quiere ser moderno, ¿verdad, Gerardo? ¿Usted quiere conocer la vida tal como es, sin que le aparten de ella teorías y prejuicios anticuados? Pues bien: lo único que tiene usted que hacer ahora es prepararse para entrar en la mejor sociedad. Un hombre que puede dominar la mesa de una comida en Londres puede dominar el mundo. El

porvenir pertenece al *dandy*. Los elegantes son los llamados a gobernar.

GERAR. A mí me gustaría vestir muy bien; pero siempre he oído decir que no es propio de un hombre ocuparse demasiado de su *toilette*.

L. ILLI. La gente, hoy, es tan absolutamente superficial, que no comprende la filosofía de lo superficial. Pero, entre paréntesis, Gerardo, debería usted aprender a hacerse mejor el nudo de la corbata. El romanticismo está muy bien para el ojal; pero, en la corbata, el estilo es todo. Un nudo de corbata bien hecho es el primer paso serio en la vida.

GERAR. *(Riendo.)* Podría aprender a hacerme la corbata, lord Illingworth; pero nunca seré capaz de hablar como usted. Yo no sé hablar.

L. ILLI. ¡Oh! Hable usted a toda mujer como si estuviese enamorado de ella, y a todo hombre como si le estuviese fastidiando a usted. Y al final de su primera temporada, tendrá usted fama de poseer el más exquisito tacto social.

GERAR. Pero es muy difícil saber estar en sociedad, ¿verdad?

L. ILLI. Hoy, no hay más que alimentar a la gente, o divertirla, o molestarla. Eso es todo.

GERAR. ¿Y se divierte uno mucho en sociedad?

L. ILLI. Formar parte de ella es un fastidio. Pero estar excluído es una tragedia. La sociedad es una cosa necesaria. No hay hombre que tenga realmente éxito en este mundo si no cuenta con el apoyo de las mujeres. Y las mujeres gobiernan la sociedad. Si no las tiene uno de su parte, está completamente perdido. Tanto le valdría dedicarse a abogado, o a bolsista, o a periodista.

GERAR. ¿Y es muy difícil comprender a las mujeres?

L. ILLI. Jamás debe uno tratar de comprenderlas. Las mujeres son cuadros; los hombres, problemas. Si desea usted saber lo que una mujer piensa realmente—cosa, por otra parte, siempre peligrosa—, mírela usted y no la escuche.

GERAR. Pero las mujeres son muy inteligentes, ¿verdad?

L. ILLI. Por lo menos conviene decírselo. Pero para el filósofo, mi querido Gerardo, las mujeres representan el triunfo de la materia sobre el espíritu; así como los hombres representan el triunfo del espíritu sobre la moral.

GERAR. ¿Y cómo pueden tener las mujeres tanto poder como usted dice?

L. ILLI. La historia de la mujer es la historia de la peor forma de tiranía que ha conocido el mundo: la tiranía del débil sobre el fuerte. Es la única tiranía duradera.

GERAR. Además, hay muchas clases de mujeres, ¿verdad?

L. ILLI. En sociedad, únicamente dos: las feas y las que se pintan.

GERAR. Pero hay también mujeres honradas, ¿no?

L. ILLI. Demasiadas.

GERAR. ¿Cree usted que las mujeres no deberían ser honradas?

L. ILLI. Por lo menos, nunca se les debe aconsejar. Se volverían todas honradas de una vez. Las mujeres son un sexo deliciosamente voluntarioso. Toda mujer es una rebelde, y casi siempre en furiosa rebelión consigo misma.

GERAR. Usted no ha sido nunca casado, ¿verdad, lord Illingworth?

L. ILLI. Los hombres se casan por cansancio; las mujeres por curiosidad. Ambos salen chasqueados.

GERAR. ¿Pero no cree usted que se pueda ser feliz en el matrimonio?

L. ILLI. Absolutamente feliz. Pero la felicidad de un hombre casado, mi querido Gerardo, depende de las personas con que no se ha casado.

GERAR. Pero, ¿y si está enamorado?

L. ILLI. Siempre se debe estar enamorado. Esta es la razón por la que no debería uno casarse nunca.

GERAR. El amor es una cosa admirable, ¿verdad?

L. ILLI. Cuando se está enamorado, comienza uno por

engañarse a sí mismo, y acaba por engañar a los demás. Eso es lo que el mundo llama una novela. Pero una verdadera *gran pasión* es cosa relativamente rara en nuestros días. Es el privilegio de la gente que no tiene nada que hacer; la única ocupación de las clases ociosas de un país, y la única explicación de seres como nosotros, los Harford.

GERAR. ¿Los Harford, lord Illingworth?

L. ILLI. Es mi nombre de familia. Debe usted estudiar nuestra guía de la aristocracia, Gerardo. Es el único libro que debe conocer un joven que vive en Londres, y lo mejor que han hecho los ingleses en el género novelesco. *(Mistress Arbuthnot aparece en la puerta que da a la terraza. Lady Hunstanton y el doctor Daubeny entran por la izquierda.)*

L. HUN. ¡Ah! ¿Está usted aquí, querido lord Illingworth? Supongo que poniendo a nuestro amigo Gerardo al corriente de sus nuevos deberes, y dándole buenos consejos mientras fuman un pitillo.

L. ILLI. Le he dado mis mejores consejos, lady Hunstanton, y mis mejores pitillos.

L. HUN. ¡Cuánto siento no haber estado aquí para escucharle! *(Distinguiendo a mistress Arbuthnot.)* ¡Ah, mi querida mistres Arbuthnot! Venga usted con nosotros... *(Entra mistress Arbuthnot.)* Gerardo ha tenido una larga conversación con lord Illingworth. Debe usted de estar muy contenta de cómo se han arreglado las cosas. Sentémonos. *(Se sientan.)* ¿Cómo marcha su precioso bordado?

M. ARB. Continúo trabajando en él, lady Hunstanton.

L. HUN. Mistress Daubeny también borda un poco, ¿verdad?

ARCHI. En otro tiempo manejaba la aguja que era un primor; pero la gota le ha estropeado mucho los dedos. Hace nueve o diez años que no toca el bastidor. Pero tiene otras muchas distracciones; se ocupa asiduamente de su salud.

L. HUN. ¡Ah! Eso siempre es una distracción, ¿verdad?... ¿De qué está usted hablando, lord Illingworth?

L. ILLI. Estaba a punto de explicar a Gerardo que el mundo se ha reído siempre de sus propias tragedias, como único medio de soportarlas.

L. HUN. Tengo una vaga idea, lord Illingworth, de que siempre está usted del lado de los pecadores, y yo hago todo lo posible por estar del lado de los justos.

L. ILLI. La única diferencia entre el justo y el pecador es que todo justo tiene un pasado, y todo pecador un porvenir.

L. HUN. No lo entiendo. Usted y yo, mi querida mistress Arbuthnot, estamos muy atrasadas. No podemos entender a lord Illingworth.

M. ARB. Sentiría en extremo entender ninguna de las ideas de lord Illingworth.

L. HUN. Hace usted bien, querida. *(Gerardo se encoge de hombros y mira con irritación a su madre. Entra lady Carolina.)*

L. CAR. ¿Juana, has visto a Juan?

L. HUN. No pases tantas fatigas por él, querida. Está con lady Stutfield. Les vi, hace un momento, en el saloncito amarillo. Parecían muy alegres. Pero no te vayas, Carolina; siéntate, te lo ruego.

L. CAR. Creo que haré mejor en ir a buscar a Juan. *(Sale. Entran sir Juan y mistress Allonby.)*

L. HUN. ¡Ah, aquí viene sir Juan con mistress Allonby! Me parece que fué con mistress Allonby con quien le vi. Sir Juan, Carolina le está buscando a usted por todas partes.

M. ALO. Estuvimos esperándola en la sala de música, mi querida lady Hunstanton.

L. HUN. ¡Ah!, es cierto, en la sala de música. Yo creí que era en el saloncillo amarillo. ¡Mi memoria es tan flaca! *(Al Archidiácono.)* Su señora tiene una memoria maravillosa, ¿verdad?

ARCHI. En otro tiempo tenía una memoria notabilísima; pero, desde su último ataque, no se acuer-

da más que de los sucesos de su primera infancia. Pero encuentra un gran placer en estos recuerdos, un gran placer. *(Entran lady Stutfield y míster Kelvil.)*

L. HUN. ¡Ah, mi querida lady Stutfield! ¿De qué ha estado usted hablando con míster Kelvil?

L. STU. Del bimetalismo, si recuerdo bien.

L. HUN. ¿Y usted, querida mistress Allonby, de qué ha hablado con sir Juan?

M. ALO. De la Patagonia. Parece ser que los salvajes tienen sobre casi todo las mismas ideas que los pueblos civilizados. Están extraordinariamente adelantados.

L. HUN. ¿Sí? ¿Qué hacen?

M. ALO. Al parecer, todo.

L. HUN. Es muy satisfactorio, ¿verdad, mi querido Archidiácono?, ver que la naturaleza humana es la misma en todas partes. En el fondo, el mundo es siempre el mismo, ¿verdad?

L. ILLI. El mundo se divide, simplemente, en dos clases: los que creen lo increíble, como el público, y los que hacen lo improbable...

M. ALO. ¿Como usted?

L. ILLI. Sí; yo siempre estoy asombrado de mí mismo. Es lo único que hace la vida digna de ser vivida.

L. STU. ¿Y qué es lo último que le ha asombrado a usted?

L. ILLI. Me he descubierto toda suerte de buenas cualidades.

M. ALO. ¡Oh!, no llegue usted de pronto a la perfección. ¡Vaya usted gradualmente!

L. ILLI. No trato, en modo alguno, de llegar a ser perfecto. Sería una lástima. Las mujeres nos quieren por nuestros defectos. Si tuviésemos bastantes, nos perdonarían todo; hasta nuestras gigantescas inteligencias.

M. ALO. Es prematuro pedirnos que perdonemos el análisis. Ya perdonamos la adoración. *(Entra lord Alfredo y se dirige hacia lady Stutfield.)*

L. HUN. ¡Ah!, las mujeres deberíamos perdonarlo todo,

¿verdad, mistress Arbuthnot? Estoy segura de que en eso está usted de acuerdo conmigo.

M. ARB. No, lady Hunstanton. Creo que hay muchas cosas que las mujeres no deberían perdonar nunca.

L. HUN. ¿Qué cosas?

M. ARB. La ruina de la vida de otra mujer. *(Dirígese lentamente hacia el fondo de la escena.)*

L. HUN. ¡Ah!, sí, eso es muy triste. Pero creo que hay unos establecimientos admirables donde se cuida y reforma a esa clase de gentes. Me parece, además, que el secreto de la vida está en tomar las cosas con mucha tranquilidad.

M. ALO. El secreto de la vida consiste en no tener nunca una emoción que siente mal.

L. STU. El secreto de la vida consiste en apreciar, en lo que vale, el placer de perder las ilusiones.

M. KEL. El secreto de la vida es resistir a la tentación, lady Stutfield.

L. ILLI. ¿El secreto de la vida? No existe. El fin de la vida, si lo hay, es buscar continuamente tentaciones. No hay muchas, que digamos. A veces me paso un día entero sin encontrar una sola.

L. HUN. *(Amenazándole con su abanico.)* No sé por qué, lord Illingworth, pero todo lo que ha dicho usted hoy me parece excesivamente inmoral. Ha estado usted muy interesante.. *(Entra Farquhar.)*

FARQ. ¡El coche del doctor Daubeny!

L. HUN. ¡Mi querido Archidiácono, si no son más que las diez y media!

ARCHI. *(Levantándose.)* Siento tener que irme, lady Hunstanton. Las noches del martes son siempre malas para mi mujer.

L. HUN. *(Levantándose.)* Bueno, entonces no le detengo. *(Yendo con él hacia la puerta.)* Le he dicho a Farquhar que pusiera en el coche un par de perdices. Quizá le gusten a su señora.

ARCHI. Es usted muy amable; pero mi mujer no toma ya nada sólido. Se alimenta sólo de jaleas. Pero está siempre muy alegre, muy animada

No tiene nada de qué quejarse. *(Sale con lady Hunstanton.)*

M. ALO. *(Atravesando la escena para acercarse a lord Illingworth.)* Qué luna tan hermosa, ¿eh?

L. ILLI. Vamos a mirarla. Contemplar lo mudable es hoy cosa encantadora.

M. ALO. Ya tiene usted su espejo.

L. ILLI. No sea usted mala. Mi espejo sólo me muestra mis arrugas.

M. ALO. El mío se porta mejor. Nunca me dice la verdad.

L. ILLI. Entonces es que está enamorado de usted. *(Salen sir Juan, lady Stutfield, mister Kelvil y lord Alfredo.)*

GERAR. *(A lord Illingworth.)* ¿Puedo ir yo también?

L. ILLI. Venga usted. *(Se dirige hacia la puerta con mistress Allonby y Gerardo. Entra lady Carolina, mira rápidamente en torno suyo y sale en dirección opuesta a la que han tomado sir Juan y lady Stutfield.)*

M. ARB. ¡Gerardo!

GERAR. ¿Qué, mamá? *(Sale lord Illingworth con mistress Allonby.)*

M. ARB. Se va haciendo tarde. Volvamos a casa.

GERAR. Mamá, esperemos un rato. ¡Es tan simpático lord Illingworth! Y, a propósito, tengo una gran sorpresa que darte. A fin de mes partimos para la India.

M. ARB. Volvamos a casa.

GERAR. Bueno; vamos si te empeñas. Pero tengo que despedirme antes de lord Illingworth. Dentro de cinco minutos vuelvo. *(Sale.)*

M. ARB. Que me abandone si quiere; ¡pero no con él, no con él! No podría soportarlo. *(Pasea arriba y abajo. Entra Ester.)*

M. EST. ¡Qué hermosa noche, mistress Arbuthnot!

M. ARB. ¿Sí?

M. EST. Mistress Arbuthnot, quiero que seamos buenas amigas. ¡Es usted tan diferente de las demás! Cuando entró usted esta noche en el salón trajo consigo algo así como el sentido de

lo que es bueno y puro en la vida. Yo estuve un poco indiscreta. Hay cosas que conviene decir, pero no a destiempo y a gentes que no han de entenderlas.

M. ARB. Oí lo que dijo usted. Estoy de acuerdo, miss Worsley.

M. EST. No sabía que lo hubiera usted oído. Pero suponía que estaría de acuerdo conmigo. Una mujer que ha pecado debe ser castigada, ¿verdad?

M. ARB. Verdad.

M. EST. No se le debería permitir tratarse con las personas decentes.

M. ARB. Sin duda.

M. EST. Y el hombre debería ser castigado del mismo modo.

M. ARB. Del mismo modo. ¿Y los hijos, si tienen hijos, también?

M. EST. Sí; es justo que las culpas de los padres recaigan sobre los hijos. Es una ley justa. Es una ley de Dios.

M. ARB. Es una de las terribles leyes de Dios. *(Se dirige hacia la chimenea.)*

M. EST. ¿Está usted apenada por la marcha de su hijo, mistress Arbuthnot?

M. ARB. Sí.

M. EST. ¿Le parece a usted bien que se vaya con lord Illingworth? Claro que es una brillante colocación; pero eso no es todo, ¿verdad?

M. ARB. No es nada.

M. EST. Entonces, ¿por qué le deja usted?

M. ARB. El lo quiere.

M. EST. Pero si usted le pidiese que se quedara, ¿no lo haría?

M. ARB. Toda su ilusión es irse.

M. EST. El no puede negarle nada a usted. La quiere demasiado. Pídale usted que se quede. Voy a enviárselo aquí. Está en la terraza con lord Illingworth. Les he oído reír al pasar por la sala de música.

M. ARB. No se moleste usted, miss Worsley. Puedo esperar. No tiene importancia.

M. EST. No; le diré que usted le necesita. Hágalo usted..., pídale que se quede. *(Sale.)*

M. ARB. No querrá venir..., sé que no vendrá. *(Entra lady Carolina. Mira en torno suyo con ansiedad. Entra Gerardo.)*

L. CAR. Mistress Arbuthnot, ¿sabe usted si mi marido está en la terraza?

GERAR. No, lady Carolina; no está en la terraza.

L. CAR. Es muy raro. Ya es hora para él de retirarse. *(Sale.)*

GERAR. Querida mamá, temo haberte hecho esperar. No me acordaba. ¡Soy tan feliz esta noche! Nunca he sido tan feliz.

M. ARB. ¿A la idea de irte?

GERAR. No te pongas así, mamá. Naturalmente que siento dejarte. Pero, después de todo, como dice lord Illingworth, yo no puedo vivir siempre en un sitio como éste. A ti te es indiferente; pero yo soy ambicioso. Necesito algo más; quiero tener una profesión, hacer algo, que puedas estar orgullosa de mí. Y lord Illingworth me ayudará; está dispuesto a hacer por mí todo lo que pueda.

M. ARB. Gerardo, no te vayas con lord Illingworth. Te ruego que no te vayas. ¡Gerardo, te lo suplico!

GERAR. ¡Qué variable eres, mamá! Hace hora y media, en el salón, aprobabas todo; ahora te vuelves atrás, y pones objeciones, y tratas de obligarme a que renuncie a la única probabilidad de mi vida. Sí, a mi única probabilidad. No supondrás que los hombres como lord Illingworth se encuentran todos los días, ¿verdad? Es extraordinario que cuando se me presenta una oportunidad tan maravillosa de hacer fortuna, la única persona que ponga dificultades sea mi propia madre. Además, ¿no sabes, mamá, que quiero a Ester Worsley? ¿Quién podría no quererla? Y si yo tuviese una posi-

ción, un porvenir, podría... podría preguntarle... ¿No comprendes ahora, mamá, lo que significa para mí el ser secretario de lord Illingworth? Un comienzo semejante promete una magnífica carrera. Siendo secretario de lord Illingworth podría preguntar a Ester si quería ser mi mujer. De parte del mísero empleado de una casa de banca sería una insolencia.

M. ARB. Temo que tus esperanzas sobre miss Worsley sean vanas. Conozco sus ideas. Acaba de exponérmelas. *(Pausa.)*

GERAR. En todo caso, me queda mi ambición. Ya es algo... ¡Y me alegro de tenerla! Tú has tratado siempre, mamá, de matar mi ambición... Me dijiste que el mundo era un lugar de maldad, que el éxito no era digno de ser perseguido, que la sociedad es frívola, y ¡qué sé yo!... Pues bien: no lo creo, mamá. Me parece que el mundo debe ser delicioso, y la sociedad encantadora, y el éxito digno de ser alcanzado. Te equivocaste en todo lo que me enseñaste, mamá, en todo. Lord Illingworth es un hombre que ha llegado, un hombre a la moda, que vive en el mundo y para el mundo. Pues bien: yo daría todo por ser como lord Illingworth.

M. ARB. ¡Y yo preferiría verte muerto!

GERAR. Pero, mamá, ¿qué tienes que reprochar a lord Illingworth? Dímelo, dímelo francamente. ¿Qué es?

M. ARB. Es un hombre infame.

GERAR. ¿Y por qué? No comprendo lo que quieres decir.

M. ARB. Yo te lo explicaré.

GERAR. Le juzgas así, mamá, porque no tiene las mismas ideas que tú. Pero los hombres son distintos de las mujeres. Es natural que piensen de otro modo.

M. ARB. Lo que hace de lord Illingworth un hombre infame no es lo que piense o deje de pensar, sino lo que es.

GERAR. Mamá, ¿es que sabes algo de él, algo de que estés segura?

M. ARB. Sí; hay algo que sé.

GERAR. ¿De que estás absolutamente segura?

M. ARB. Absolutamente.

GERAR. ¿Desde hace cuánto tiempo lo sabes?

M. ARB. Desde hace veinte años.

GERAR. ¿No es remontarse demasiado retroceder veinte años en la vida de un hombre? ¿Y qué tenemos que ver nosotros con los primeros tiempos de la vida de lord Illingworth?

M. ARB. Lo que ese hombre fué, sigue siéndolo, y lo será siempre.

GERAR. Mamá, dime lo que hizo lord Illingworth. Si cometió alguna acción vergonzosa, no me iré con él. Tú me conoces bastante para saber que soy capaz de hacerlo.

M. ARB. Gerardo, acércate, ven junto a mí, como cuando eras un nene, cuando eras mi hijito. *(Gerardo se sienta al lado de su madre. Ella le pasa los dedos por el pelo, y le acaricia las manos.)* Gerardo: había una vez una muchacha, una muchacha muy joven, de apenas diez y ocho años... Jorge Harford—éste era entonces el nombre de lord Illingworth—la conoció. Ella no sabía nada de la vida. El... lo sabía todo. Se hizo querer de la muchacha. Se hizo querer tanto, que una mañana abandonó con él la casa de su padre... ¡Le quería tanto! Además, él le había prometido casarse con ella. Le había prometido solemnemente casarse con ella, y ella le había creído. Era muy joven... y no sabía lo que es la vida. Pero él aplazaba siempre el matrimonio de semana en semana, de mes en mes... Ella tenía confianza, no dudó un instante. Le quería demasiado... Antes de que naciera el niño—porque tuvo un niño—le suplicó, por amor al niño, que se casara con ella, para que el niño pudiera tener un nombre, para que su pecado no recayera sobre él, que era inocente. El se negó. Al nacer el niño, ella le dejó, llevándoselo consigo, y su vida quedó destruída, y su alma, y todo lo que en

ella era dulce, y bueno, y puro... Sufrió terriblemente... sufre todavía. Sufrirá siempre. Para ella no hay alegría, ni paz, ni expiación. Es una mujer que arrastra una cadena, como un reo. Que lleva una máscara, como un leproso. ¡Está perdida! ¡Es un alma perdida!... Esa es la razón por que llamo infame a lord Illingworth, por la que no quiero que mi hijo vaya con él.

GERAR. Mamá, eso, realmente, parece muy trágico. Pero me atrevo a decir que la muchacha fué tan culpable como lord Illingworth. ¿Acaso una muchacha verdaderamente honrada, de buenos sentimientos, se escaparía de su casa, en compañía de un hombre con el que no está casada, para vivir con él como su mujer? No creo que ninguna muchacha honrada lo hiciera.

M. ARB. *(Después de una pausa.)* Gerardo, retiro todas mis objeciones. Libre eres en seguir a lord Illingworth, cuando y donde quieras.

GERAR. ¡Ah, mamá, ya sabía yo que acabarías por ser razonable! No hay una mujer como tú. Y en cuanto a lord Illingworth, no puedo creerle capaz de nada infame o canallesco; no puedo.

M. EST. *(Desde fuera.)* ¡Suéltame usted! ¡Suélteme usted! *(Entra despavorida, y corre a refugiarse en brazos de Gerardo.)* ¡Oh, defiéndame usted, defiéndame!

GERAR. ¿De quién?

M. EST. ¡Me ha ultrajado, me ha ultrajado vilmente! ¡Defiéndame usted!

GERAR. ¿Quién? ¿Quién se ha atrevido? *(Entra lord Illingworth por el foro. Ester, desasiéndose de brazos de Gerardo, le señala. Gerardo, completamente fuera de sí, de rabia e indignación.)* ¡Lord Illingworth, ha ultrajado usted al ser más puro de la tierra, tan puro como mi propia madre! ¡Ha ultrajado usted a la mujer que más quiero en el mundo, después de mi madre! ¡Tan cierto como hay un Dios en el cielo que voy a matarle!

M. ARB. *(Interponiéndose, le detiene.)* ¡No! ¡No!
GERAR. *(Rechazándola.)* ¡No me detengas, mamá! ¡No me detengas, quiero matarle!
M. ARB. ¡Gerardo!
GERAR. ¡Suéltame, te digo!
M. ARB. ¡Detente, Gerardo, detente! ¡Es tu padre! *(Gerardo aferra las manos de su madre y la mira en los ojos. Ella cae pausadamente a tierra, en silencio, doblegada por la vergüenza. Esther se escabulle en dirección a la puerta. Lord Illingworth frunce el ceño y se muerde los labios. Al cabo de un momento, Gerardo levanta a su madre, y, sosteniéndola con un brazo en torno del talle, la conduce fuera de la habitación.)*

TELÓN

ACTO TERCERO

Gabinete en casa de mistress Arbuthnot. Al fondo, ancha puerta acristalada que conduce al jardín. Puertas a derecha e izquierda. Gerardo, ante una mesa, escribiendo. Entra Alicia por la derecha, seguida de lady Hunstanton y mistress Allonby.

ALICIA. Lady Hunstanton y mistress Allonby. *(Sale por la izquierda.)*
L. HUN. Buenos días, Gerardo.
GERAR. *(Levantándose.)* Buenos días, lady Hunstanton. Buenos días, mistress Allonby.
L. HUN. *(Sentándose.)* Venimos a preguntar por su madre, Gerardo. Espero que seguirá mejor, ¿verdad?
GERAR. Mamá, todavía no ha bajado, lady Hunstanton.
L. HUN. Temo que anoche hiciera demasiado calor para ella. Me parece que amenazaba tempestad. O quizá fuera la música. La música produce un romanticismo...

M. ALO. Hoy tempestad y música viene a ser lo mismo.

L. HUN. No entiendo lo que quiere usted decir, querida, y me alegro; debe ser algo malo. ¡Ah! ¿Examina usted el gabinetito de mistress Arbuthnot? ¿Verdad que es encantador? Se echa de ver en seguida que estamos en casa de una mujer dulce y santa: flores naturales, libros que no horrorizan, cuadros que puede una mirar sin ruborizarse...

M. ALO. Pero a mí me gusta ruborizarme.

L. HUN. Sí, habría mucho que decir en favor del arte de ruborizarse, cuando puede uno hacerlo en el momento oportuno. El pobre Hunstanton me decía con frecuencia que yo no me ruborizaba bastante. ¡Pero él era entonces tan particular! No quería presentarme a ninguno de sus amigos, excepción hecha de los que habían pasado de los sesenta.

M. ALO. Adoro a los hombres que han pasado de los sesenta. Siempre nos ofrecen un amor para toda la vida.

L. HUN. Espero, Gerardo, que su madre vendrá ahora a verme más a menudo. Usted y lord Illingworth se marchan casi en seguida, ¿verdad?

GERAR. He renunciado a entrar de secretario de lord Illingworth.

L. HUN. ¡Cómo, Gerardo! Sería un disparate. ¿Qué razones puede usted tener?

GERAR. No creo reunir las condiciones necesarias para ese puesto.

M. ALO. Pues a mí me encantaría que lord Illingworth quisiera tomarme por secretaria. Pero dice que no soy bastante seria.

L. HUN. Querida, no debería usted hablar así en esta casa. Mistress Arbuthnot no sabe nada de esta sociedad depravada en que nosotras vivimos. Considero como un gran honor su visita de anoche. Trajo un aire de respetabilidad a la reunión.

M. ALO. ¡Ah! Por eso debió usted de encontrar que amenazaba tempestad.

L. HUN. ¿Y qué tiene eso que ver, querida? Pero diga usted, Gerardo, ¿por qué cree usted no reunir las condiciones necesarias?

GERAR. Las ideas de lord Illingworth sobre la vida, y las mías, son muy diferentes.

L. HUN. Pero, mi querido Gerardo, a su edad no debería usted tener ideas sobre la vida. No tienen razón de ser. Debe usted guiarse en esto por los demás. Lord Illingworth le ha hecho el más halagüeño de los ofrecimientos, y viajando con él podría usted ver el mundo...

GERAR. No necesito ver más mundo; ya he visto bastante.

M. ALO. Espero que no se figurará usted haber agotado la vida, míster Arbuthnot. Cuando un hombre dice eso, ya se sabe que es la vida la que le ha agotado a él.

GERAR. Además, no quiero dejar sola a mi madre.

L. HUN. Vamos, Gerardo, todo eso es pereza. ¡No dejar sola a su madre! Si yo estuviese en el lugar de ella, insistiría para que se marchase usted. *(Entra Alicia por la izquierda.)*

ALICIA. La señora me encarga las salude en su nombre y les dé las gracias; pero tiene hoy una jaqueca violentísima y no puede recibir a nadie. *(Sale por la derecha.)*

L. HUN. *(Levantándose.)* ¡Cuánto lo siento! Llévala usted esta tarde a Hunstanton, si se alivia, Gerardo.

GERAR. Temo que esta tarde no sea posible, lady Hunstanton.

L. HUN. Entonces, mañana. ¡Ah, si tuviese usted un padre, Gerardo, no le dejaría tirar por la ventana un porvenir tan brillante! ¡Pero las madres son tan débiles! Adiós; muchas cosas a su madre, y que no sea nada.

M. ALO. Adiós, míster Arbuthnot.

GERAR. Adiós. *(Salen lady Hunstanton y mistress Allonby. Gerardo se sienta y relee su carta.)*

GERAR. ¿Y con qué nombre la firmo, yo que no tengo derecho a ninguno? *(Firma, mete la carta en*

un sobre, pone la dirección y va a lacrarlo, cuando la puerta de la izquierda se abre y entra mistress Arbuthnot. Gerardo suelta el lacre. Madre e hijo se miran fijamente.)

GERAR. Mamá, acabo de escribirle.

M. ARB. ¿A quién?

GERAR. A mi padre. Le he escrito diciéndole que venga aquí esta tarde, a las cuatro.

M. ARB. ¡No vendrá, no pisará el umbral de mi casa!

GERAR. Es preciso que venga.

M. ARB. Gerardo, si quieres irte con lord Illingworth, vete de una vez; vete, antes de matarme; pero no me pidas que le vuelva a ver.

GERAR. Mamá, no comprendes. Nada en el mundo podría decidirme a abandonarte. Tú me conoces de sobra para saber que no soy capaz de hacerlo. No; le he escrito para decirle...

M. ARB. ¿Y qué tienes tú que decirle?

GERAR. ¿No adivinas, mamá, lo que he escrito en esta carta?

M. ARB. No.

GERAR. Sí, mamá; seguramente lo adivinas. Piensa, reflexiona: ¿qué es preciso hacer ahora, inmediatamente, mañana mismo, si es posible?

M. ARB. Nada.

GERAR. He escrito a lord Illingworth para decirle que es preciso se case contigo.

M. ARB. ¿Que se case conmigo?

GERAR. Mamá, yo le obligaré a hacerlo. El mal que te hizo es necesario que sea reparado. Es necesario que lo expíe. La justicia puede tardar; pero, al fin, llega. Dentro de unos días serás la mujer legítima de lord Illingworth.

M. ARB. Pero Gerardo...

GERAR. Insistiré hasta que lo haga. Le obligaré a hacerlo; no se atreverá a negarse.

M. ARB. Pero, Gerardo, quien se niega soy yo. No quiero casarme con lord Illingworth.

GERAR. ¿Que no quieres casarte? ¡Mamá!

M. ARB. No, no me casaré.

GERAR. Pero ¿no comprendes, mamá, que lo digo por

tu bien, no por el mío? Este matrimonio, a mí no me reporta ningún provecho, no me dará un nombre que realmente tengo derecho a llevar. Pero para ti...

M. ARB. No, no me casaré.

GERAR. Mamá, es preciso.

M. ARB. No, no quiero. Hablabas de reparar el mal hecho. ¿Qué reparación puedo yo recibir? No hay reparación posible. Yo estoy deshonrada; él, no. Eso es todo. Es la historia habitual de un hombre y de una mujer, como se ve todos los días. Y el final es el final de costumbre. La mujer sufre. El hombre se va, libre...

GERAR. No sé si es el final de costumbre, mamá; espero que no. Pero sea como fuere, tu vida no ha de terminar así. El hombre debe reparar todo lo que esté en su mano. Esto no borra el pasado, ya lo sé. Pero, al menos, hace mejor el porvenir; mejor para ti, mamá.

M. ARB. Me niego a casarme con lord Illingworth.

GERAR. Si él mismo viniese a pedirte que fueras su mujer, le darías otra respuesta. Acuérdate de que es mi padre.

M. ARB. Si viniese él mismo, que no lo hará, mi respuesta sería la misma. Acuérdate de que soy tu madre.

GERAR. Mamá, dificultas terriblemente mi situación. Es para borrar la amargura de tu vida, para disipar la sombra que cubre tu nombre, por lo que este casamiento debe realizarse. No hay otro remedio; después del matrimonio, tú y yo podremos irnos juntos a cualquier parte; pero es preciso que el casamiento tenga lugar antes. Es un deber a que estás obligada, no sólo contigo misma, sino con todas las demás mujeres. Sí; con todas las demás mujeres, a fin de que no pueda ya engañar a ninguna otra.

M. ARB. No estoy obligada a nada con las demás mujeres. Ninguna de ellas vino en mi ayuda. Las mujeres son duras con las mujeres. Anoche,

aquella muchacha, por buena que sea, se escapó de la habitación como si yo fuese una cosa podrida. Tenía razón: soy una cosa podrida. Pero mis faltas son mías, y quiero ser la única en llevarlas. Debo ser la única. ¿Qué tengo yo que ver con las mujeres que no han pecado, ni ellas conmigo? No nos comprendemos. *(Entra Ester por el fondo.)*

GERAR. Te suplico hagas lo que te pido, mamá.

M. ARB. ¿Qué hijo pidió nunca a su madre un sacrificio tan odioso?

GERAR. ¿Qué madre se negó nunca a casarse con el padre de su hijo?

M. ARB. Yo seré, entonces, la primera.

GERAR. Mamá, tú eres creyente y me enseñaste a ser también creyente. Pues bien: esa religión, ese religión que me enseñaste cuando niño, debe decirte que tengo razón. Tú lo sabes, lo sientes.

M. ARB. No lo sé, no lo siento. Jamás me presentaré ante el altar de Dios a pedir su bendición para una parodia tan odiosa como sería mi casamiento con Jorge Harford. No diré las palabras que la Iglesia nos manda pronunciar. No me atrevo. ¿Cómo podría jurar amar al hombre que aborrezco, honrar al que me trajo la deshonra, obedecer al que, abusando de su fuerza, me hizo pecar? No; el matrimonio es un sacramento para los que se quieren. No lo es para un hombre como él o una mujer como yo. Gerardo, para salvarte de las burlas y las injurias del mundo, he mentido al mundo. Durante veinte años he mentido al mundo. No podía decir al mundo la verdad. ¿Quién puede decírsela siempre? Pero no iré ahora, por mi propio interés, a mentir a Dios y en presencia de Dios. No, Gerardo; ninguna ceremonia santificada por la Iglesia o sancionada por las leyes me unirá nunca a Jorge Harford. Quizá estoy ya demasiado unida a él, que, robándome, me ha dejado, sin embargo, más rica, has-

ta el punto de que en el cieno de mi vida he encontrado la perla inapreciable o, por lo menos, lo que tal creía.

GERAR. No te comprendo.

M. ARB. Los hombres no comprenden lo que son las madres. Yo no soy diferente de las demás mujeres, excepto en el mal que me han hecho, y en el mal que hice, y en mi cruel castigo. Y, sin embargo, para conservarte he tenido que mirar a la muerte. Para criarte, he tenido que luchar con la muerte. Todas las mujeres tienen que luchar con la muerte para conservar sus hijos. La muerte, como no tiene hijos, quiere siempre quitarnos los nuestros. Gerardo, cuando tú estabas desnudo, yo te vestí; cuando tuviste hambre, yo te di de comer. Noche y día, durante aquel largo invierno, yo te cuidé. No hay servicio demasiado bajo, cuidado demasiado vil, cuando se trata de lo que nosotras, las mujeres, queremos. Y, ¡oh, cuánto te he querido yo! Y tú necesitabas amor, porque eras enfermizo y sólo el amor pudo ayudarte a vivir. Sólo el amor puede ayudar a vivir. Y los niños son, a menudo, inconscientes, y sin querer nos hacen daño, y nosotras nos imaginamos que cuando lleguen a hombres y nos conozcan mejor nos recompensarán. Pero no es así. El mundo los arranca de nuestro lado, y tienen amigos con los cuales son más felices que con nosotras, y diversiones de las que somos excluídas, y preocupaciones que no son las nuestras; y, a menudo, son injustos con nosotras, porque cuando encuentran la vida amarga, a nosotras nos lo reprochan, y cuando la encuentran dulce, nosotras no gustamos su dulzura con ellos... Tú tenías muchos amigos, ibas a sus casas y estabas contento con ellos; y yo, conociendo mi secreto, no me atrevía a seguirte. Me quedaba en casa, cerrada la puerta, sentada en las tinieblas. Mi pasado estaba siempre conmigo... Y tú me

juzgaste indiferente a los encantos de la vida. No; los envidiaba, pero no me atrevía a tocarlos. Comprendía que no tenía derecho. Tú pensaste que era más dichosa trabajando en medio de los pobres. Que era mi misión, imaginaste. No lo era; pero ¿adónde iba a ir? El enfermo no pregunta si la mano que mulle su almohada es pura, ni al moribundo le importa que los labios que rozan su frente hayan conocido el beso del pecado. Pero en ti pensaba todo el tiempo; les daba un amor que tú no me pedías, les prodigaba un amor que no era de ellos... Y encontraste que pasaba demasiado tiempo en la iglesia y cumpliendo mis deberes religiosos. Pero ¿a qué otro lado podía volverme? La casa de Dios es la única donde los pecadores son los bienvenidos, y tú estabas siempre en mi corazón, Gerardo, demasiado en mi corazón. Porque, aunque día tras día, mañana y tarde, me he arrodillado en la casa de Dios, nunca me he arrepentido de mi falta. ¡Cómo hubiera podido arrepentirme de mi falta, cuando tú, amor mío, eras su fruto! Hasta en este momento, que eres amargo conmigo, no puedo arrepentirme. No me arrepiento. Eres para mí más que la inocencia. Preferiría—¡oh, ya lo creo!—ser tu madre, que haber sido siempre pura... ¿No ves, no comprendes? Es mi deshonra lo que te ha hecho tan querido para mí. Es mi desgracia lo que te ha unido tan estrechamente a mí. Es el precio que he pagado por ti—el precio del alma y del cuerpo—lo que me hace quererte así. ¡Oh, no me pidas esa abominación! ¡Hijo de mi vergüenza, continúa siendo el hijo de mi vergüenza!

GERAR. Mamá, yo no sabía que me querías tanto. Y seré para ti un hijo mejor de lo que he sido hasta ahora. Nunca nos separaremos...; pero, mamá..., no depende de mí...; es preciso que seas la mujer de mi padre. Es preciso que te cases con él. Es tu deber.

M. EST. *(Se adelanta y abraza a mistress Arbutinot.)* No; no debe usted. Esa sería la verdadera deshonra, la primera que hubiese usted conocido. Esa sería la verdadera desgracia, la primera. Déjele usted, y venga usted conmigo. Hay más países que Inglaterra... Sí; otros países más allá del mar, países mejores, más sensatos, menos injustos. El mundo es muy grande.

M. ARB. No; no para mí. Para mí el mundo se reduce a la anchura de mi mano, y por dondequiera que voy encuentro espinas.

M. EST. No. Ya encontraremos en algún sitio un rincón tranquilo. Y si lloramos, pues bien, lloraremos juntas. ¿No le hemos querido ambas también?

GERAR. ¡Ester!

M. EST. *(Rechazándole.)* ¡No, no! Usted no puede quererme sin quererla también a ella. No puede respetarme sin santificarla a ella. En ella, todas las mujeres han sufrido el martirio. No es ella sola: todas nosotras hemos sido heridas en ella.

GERAR. Ester, Ester, ¿qué debo hacer?

M. EST. ¿Siente usted alguna estimación por el hombre que es su padre?

GERAR. ¿Estimación? ¡Le desprecio! Es un infame.

M. EST. Le agradecí mucho a usted su defensa de anoche...

GERAR. ¡Oh, eso no es nada! Moriría por usted. Pero ¡dígame usted lo que debo hacer ahora!

M. EST. ¿No le he dado las gracias por haberme salvado?

GERAR. Pero ¿qué debo hacer?

M. EST. Pregúntelo usted a su corazón, no al mío. Yo no he tenido nunca una madre que proteger o afrentar.

M. ARB. ¡Es cruel, es cruel! Me iré...

GERAR. *(Arrodillándose ante ella.)* ¡Mamá, perdóname! He merecido tus reproches.

M. ARB. No beses mis manos; están frías. Mi corazón está frío; algo lo ha roto.

M. EST. ¡Oh, no diga usted eso! Los corazones viven por sus heridas. El placer puede petrificar un corazón; la riqueza puede hacerlo insensible; pero el dolor..., ¡el dolor no puede romperlo! Además, ¿qué es lo que le hace a usted sufrir ahora? Porque en este momento le es usted tan querida como antes; más querida que nunca... ¡Sea usted indulgente con él!

GERAR. Tú eres mi madre y mi padre a la vez. No necesito ningún otro. Era sólo por ti por quien hablaba, sólo por ti. ¡Dime algo, mamá! ¿No habré encontrado un amor sino para perder otro? *(Se levanta y arrójase, llorando, sobre un diván.)*

M. ARB. *(A Ester.)* Pero ¿ha encontrado realmente otro amor?

M. EST. Hace ya tiempo que le quiero.

M. ARB. Pero ¡somos tan pobres!

M. EST. ¿Quién, siendo amado, es pobre? Mis riquezas son para mí una carga. ¡Que él me ayude a llevarla!

M. ARB. Pero estamos deshonrados; estamos entre los parias. Gerardo no tiene nombre. Las culpas de los padres deben de recaer sobre los hijos. Es una ley de Dios.

M. EST. Yo estaba equivocada. La única ley de Dios es el amor.

M. ARB. *(Se levanta y, cogiendo a Ester de la mano, se dirige lentamente hacia Gerardo, que continúa echado en el diván, con la cabeza entre las manos. Le toca en un hombro; él levanta los ojos.)* Gerardo, yo no puedo darte un padre; pero te traigo una esposa.

GERAR. Mamá, no soy digno de ella ni de ti.

M. ARB. Ella es quien viene a ti. Y tú eres digno de ella, Gerardo. Pero cuando estés lejos... con ella, ¡piensa en mí alguna vez! No me olvides. Y cuando reces, reza por mí.

M. EST. ¡Pero no pensará usted en dejarnos!

GERAR. Mamá, ¿es que quieres dejarnos?

M. ARB. Podría llevar la vergüenza a vuestra casa.

GERAR. ¡Mamá!

M. ARB. Entonces, sólo durante algún tiempo. Después, si me lo permitís, a vuestro lado para siempre.

M. EST. *(A Misiress Arbuthnot.)* Venga usted al jardín con nosotros.

M. ARB. Más tarde, más tarde. *(Salen Ester y Gerardo. Misiress Arbuthnot se dirige hacia la puerta de la izquierda. Deteniéndose ante el espejo de la chimenea, se mira en él. Entra Alicia por la derecha.)*

ALICIA. Un caballero pregunta por la señora.

M. ARB. Diga usted que no estoy en casa. A ver la tarjeta. *(Toma la tarjeta de la bandeja y la lee.)* Dígale que no quiero recibirle. *(Entra lord Illingworth. Misiress Arbuthnot le ve por el espejo y se estremece; pero no se vuelve. Sale Alicia.)* ¿Qué puede usted tener que decirme hoy, Jorge Harford? Nada. Es preciso que salga usted en seguida de esta casa.

L. ILLI. Raquel, Gerardo ya sabe todo; así que podemos llegar a un acuerdo que nos convenga a los tres. Te lo aseguro: encontrará en mí el más agradable y generoso de los padres.

M. ARB. Mi hijo puede entrar de un momento a otro. Y mi hijo siente mi deshonra como no puede usted figurarse. Le ruego a usted que se marche.

L. ILLI. *(Sentándose.)* La noche de ayer fué desgraciada. Esa estúpida niña puritana hizo una escena, simplemente porque quise besarla. ¿Qué mal hay en un beso?

M. ARB. *(Volviéndose.)* Un beso puede destrozar una existencia, Jorge Harford. Yo lo sé, lo sé demasiado.

L. ILLI. No vamos a discutir eso ahora. Lo que importa hoy como ayer, es nuestro hijo. Le he tomado mucho cariño, como sabes, y, por extraño que te parezca, admiré extraordinariamente su conducta de anoche. Es justamente como yo hubiera deseado que fuese un hijo mío. Sólo que ningún hijo mío se pondría de parte de

una puritana; eso es siempre un error. Ahora, he aquí lo que te propongo.

M. ARB. No me interesa ninguna proposición de usted.

L. ILLI. En virtud de nuestras ridículas leyes, no puedo legitimar a Gerardo; pero puedo legarle mi fortuna. En cuanto al título, más bien es un estorbo en estos tiempos de democracia. Pues bien: mi proposición es ésta.

M. ARB. Le repito a usted que no me interesa, y le ruego se marche.

L. ILLI. El muchacho estará contigo seis meses al año, y conmigo los otros seis. Esto es muy justo, ¿verdad? Tú tendrás la pensión que quieras, y vivirás donde se te antoje. De tu pasado, nadie sabe nada, excepto yo y Gerardo. Y no hay temor a que Gerardo no me herede; inútil decirte que no pienso ni remotamente casarme.

M. ARB. Llega usted demasiado tarde. Mi hijo no le necesita. No es usted necesario.

L. ILLI. ¿Qué quieres decir, Raquel?

M. ARB. Que no es usted necesario al porvenir de Gerardo.

L. ILLI. No te comprendo.

M. ARB. Mire usted al jardín. *(Lord Illingworth se levanta y, dirigiéndose hacia la puerta acristalada, mira hacia fuera. Se estremece.)* Ella le quiere. Los dos se quieren. Estamos ya en salvo, y nos vamos lejos.

L. ILLI. ¿Adónde?

M. ARB. No se lo diremos a usted; y si nos encuentra, no le reconoceremos. ¿Le sorprende a usted? ¿Qué acogida podría usted esperar de la muchacha cuyos labios intentó manchar, del hijo cuya vida llenó de vergüenza, de la madre a quien trajo la deshonra?

L. ILLI. Eres implacable, Raquel.

M. ARB. Demasiado débil fuí en otro tiempo. Felizmente, he cambiado.

L. ILLI. Yo era muy joven entonces. Los hombres conocemos la vida demasiado pronto.

M. ARB. Y las mujeres, demasiado tarde. *(Pausa.)*

L. ILLI. Raquel, quiero mi hijo. Mi dinero puede no servirle ya de nada; puedo ya no servirle de nada; pero quiero mi hijo. Reconciliémonos, Raquel. Tú puedes hacerlo, si quieres. *(Ve la carta sobre la mesa.)*

M. ARB. No hay lugar para usted en la vida de mi hijo. Nada de usted le importa.

L. ILLI. Entonces, ¿por qué me escribe?

M. ARB. ¿Qué quiere usted decir?

L. ILLI. ¿Qué carta es ésta? *(Coge la carta.)*

M. ARB. No es nada. Démela usted.

L. ILLI. Está dirigida a "mí".

M. ARB. ¡No irá usted a abrirla! Le prohibo que la abra.

L. ILLI. Y es letra de Gerardo.

M. ARB. No hubiera sido enviada. Es una carta que escribió esta mañana, antes de verme. Pero ahora está arrepentido de haberla escrito, muy arrepentido. No debe usted abriria. Devuélvamela.

L. ILLI. Me pertenece. *(La abre, se sienta y la lee lentamente. Mistress Arbuthnot le observa durante todo este tiempo.)* Supongo que habrás leído esta carta, ¿verdad, Raquel?

M. ARB. No.

L. ILLI. Pero ¿sabes lo que contiene?

M. ARB. Sí.

L. ILLI. No admito ni por un momento que el muchachito tenga razón en lo que dice; no admito que sea un deber para mí el casarme contigo. No; lo niego rotundamente. Pero para recobrar a mi hijo, estoy dispuesto, sí, estoy dispuesto a casarme contigo, Raquel, y a tratarte siempre con la deferencia y el respeto que se deben a una esposa. Me casaré cuando quieras. Te doy mi palabra de honor.

M. ARB. La misma promesa me hizo usted en otro tiempo, y faltó a ella.

L. ILLI. La cumpliré ahora. Y eso te demostrará que quiero a mi hijo, por lo menos, tanto como tú. Porque casarme contigo, Raquel, es renunciar

a ciertas ambiciones. Y ambiciones muy elevadas, si es que hay alguna ambición elevada.

M. ARB. Me niego a casarme con usted, lord Illingworth.

L. ILLI. ¿Que te niegas, Raquel?

M. ARB. Sí.

L. ILLI. Dime por qué razones. Deben ser sumamente interesantes.

M. ARB. Ya se las he expuesto a mi hijo.

L. ILLI. Supongo que serán de orden sentimental, ¿verdad? Las mujeres vivís por y para vuestras emociones. No tenéis la menor filosofía de la vida.

M. ARB. Tiene usted razón. Las mujeres vivimos por y para nuestras emociones. Por nuestras pasiones, si usted quiere. Y yo tengo dos pasiones, lord Illingworth: mi cariño a mi hijo, mi odio a usted. No puede usted destruirlas. Se sustentan una de otra.

L. ILLI. Entonces, ¿te niegas realmente a casarte conmigo?

M. ARB. Sí.

L. ILLI. ¿Porque me odias?

M. ARB. Sí.

L. ILLI. ¿Y mi hijo me odia como tú?

M. ARB. No.

L. ILLI. ¡Cuánto me alegro, Raquel!

M. ARB. Se limita a despreciarle.

L. ILLI. ¡Qué lástima! Qué lástima para él, quiero decir.

M. ARB. No se haga usted ilusiones, Jorge. Los hijos comienzan por amar a sus padres. Más tarde, los juzgan. Rara vez los perdonan.

L. ILLI. *(Releyendo la carta, muy lentamente.)* ¿Puedo preguntarte qué argumentos has empleado para convencer al muchacho que escribió esta carta tan hermosa, tan apasionada, de que no debías casarte con su padre, con el padre de tu hijo?

M. ARB. No fuí yo quien le convenció; fué otra persona.

L. ILLI. Y ¿quién fué esa persona tan a la *moderna?*

M. ARB. La puritana, lord Illingworth. *(Pausa.)*

L. ILLI. *(Su rostro se contrae. Luego, lentamente, se levanta, dirigiéndose hacia la mesa, donde ha dejado el sombrero y los guantes. Mistress Arbuthnot está en pie junto a la mesa. El coge uno de los guantes y comienza a ponérselo.)* Entonces, ¿ya no tengo nada que hacer aquí, Raquel?

M. ARB. Nada.

L. ILLI. Entonces, ¿es un adiós?

M. ARB. Espero que esta vez para siempre.

L. ILLI. ¡Es curioso! En este momento miras exactamente como mirabas la noche que me abandonaste, hace veinte años. Tienes la misma expresión de boca. Palabra, Raquel: ninguna mujer me ha querido nunca tanto como tú. ¡Ah!, tú te entregaste a mí como una flor, para que yo hiciera de ella lo que se me antojase. Eras el más precioso de los juguetes, la más apasionante novelita... *(Saca el reloj.)* ¡Las dos y cuarto! Tengo que regresar a Hunstanton. Supongo que ya no te volveré a ver. ¡Lo siento! No deja de ser una experiencia divertida encontrarse en sociedad, y tomados tan en serio, a su bastardo y a la primera de sus queri... *(Mistress Arbuthnot coge uno de los guantes y abofetea con él a lord Illingworth. Este se estremece; lo insultante del castigo le aturde por un momento. Luego, dominándose, se dirige hacia la puerta acristalada para mirar a su hijo. Suspira, y sale de la habitación. Mistress Arbuthnot cae sollozando sobre el diván. Entran Gerardo y Ester del jardín.)*

GERAR. Y bien, mamá, ¿por qué no has ido? Tenemos que venir a buscarte. Pero, mamá, ¿has llorado? *(Se arrodilla junto a ella.)*

M. ARB. *(Pasándole la mano por la cabeza.)* ¡Hijo mío, hijo mío!

M. EST. *(Aproximándose.)* Pero ya tiene usted dos hijos. ¿No me quiere usted a mí por hija?

M. ARB. *(Levantando los ojos.)* ¿Me elegiría usted por madre?

M. EST. Con preferencia a todas las mujeres que he conocido. *(Se dirigen, con los brazos enlazados, hacia la puerta que da al jardín. Gerardo va hacia la mesa de la izquierda para coger su sombrero. Al volverse, ve en el suelo el guante de lord Illingworth, que recoge.)*

GERAR. ¿Qué guante es éste, mamá? ¿Has tenido visita? ¿Quién era?

M. ARB. *(Volviéndose.)* ¡Oh!, nadie. Nadie de particular. Un hombre sin importancia.

TELÓN

LEA USTED

EL TEATRO

=MODERNO=

QUE PUBLICA INTEGRAMENTE

LAS OBRAS DE GRAN ÉXITO
DE LOS MEJORES AUTORES

LUJOSA EDICION

50 CENTIMOS